

I

ISRAEL BEN ELIEZER, EL BAAL SHEM TOV

El Árbol del Conocimiento

Dicen que una vez, cuando todas las almas estaban todavía reunidas en el alma de Adán, a la hora en que éste se detuvo al lado del Árbol del Conocimiento, el alma del Baal Shem se alejó y no comió del fruto del árbol.

Los sesenta héroes

Se dice que el alma de Rabí Israel ben Eliézer se negó a descender a este bajo mundo porque la espantaban las feroces serpientes que serpean en cada generación y temía que debilitaran su coraje y la destruyeran. Así pues, le fue dada una escolta de sesenta héroes, como los sesenta que rodeaban el lecho del Rey Salomón para protegerlo de los terrores de la noche. Sesenta almas de tzadikim para proteger su alma. Y éstos fueron los discípulos del Baal Shem.

La prueba

Se cuenta que: Rabí Eliézer, el padre del Baal Shem, vivía en una aldea. Era tan hospitalario que había colocado guardianes en las afueras del pueblo para esperar a los viajeros pobres y llevarlos a su casa a fin de

darles sustento y abrigo. Y aquellos que están en el cielo se regocijaron por sus acciones y un día decidieron ponerlo a prueba. Satanás se ofreció para hacerlo, mas el profeta Elías pidió ser enviado en su lugar. Tomó una alforja y un báculo y, bajo el aspecto de un pobre caminante, llegó un sábado a la tarde a la casa del Rabí Eliézer y lo saludó. Rabí Eliézer ignoró la profanación del sábado y lo albergó en su hogar. Tampoco expresó el menos reproche cuando a la mañana siguiente el huésped se despidió. Entonces el profeta se manifestó y le prometió un hijo el cual haría que los ojos de Israel vieran la luz.

Las palabras del padre

El padre de Israel murió cuando este era niño aún.

Al sentir que la muerte se acercaba tomó al muchacho en sus brazos y le dijo: “Veo que harás resplandecer mi nombre, mas no me es dado acompañarte hasta tu edad viril. Por cada día recuerda, hijo querido, que Dios es contigo y por ello no debes temer a nada en el mundo entero.”

Israel atesoró estas palabras en su corazón.

Vanos intentos

Después de la muerte del padre de Israel, el pueblo cuidó del muchacho por amor a Rabí Eliézer cuya memoria les era cara, y enviaron a su hijo a un melamed. Resultó que Israel acostumbraba a estudiar con aplicación a lo largo de unos pocos días y luego escapaba de la escuela y lo encontraban en algún lugar del bosque, solo. Atribuían esa conducta al hecho de que era huérfano, desprovisto de los cuidados y la vigilancia necesarios, y lo devolvían al melamed una y otra vez. Y una y otra vez el muchacho huía a los bosques hasta que la gente desesperó de convertirlo en un hombre probo y honesto.

La primera batalla

Cuando el muchacho se hizo mayor se colocó como asistente del maestro. Por la mañana temprano buscaba a los niños en sus hogares para llevarlos a la escuela y Casa de Oración. Con voz clara y conmovedora les recitaba aquellas palabras. Con voz clara y conmovedora les recitaba aquellas palabras de las plegarias que se dicen a coro, tales, como: “Amén, que Su grande nombre sea bendecido por siempre, eternamente”. Mientras marchaba con los niños cantaba y les enseñaba a cantar con él. Y al llevarlos de vuelta a sus casas iba por los campos y los bosques.

Los jasidim decían que aquellos que estaban en el cielo se regocijaban cada mañana con esos cantares, así como una vez se regocijaron con el canto de los levitas en el Templo de Jerusalén. Las horas en que las huestes del cielo se reunían para escuchar las voces de los mortales eran horas de gracia. Pero Satanás estaba también allí. El sabía muy bien que lo que abajo sucedía amenazaba su poder en la tierra. Así pues, entró en el cuerpo de un hechicero que se convirtió en lobo.

Una vez que Israel paseaba por el bosque cantando, al cuidado de los pequeños, el monstruo cayó sobre ellos y los niños se dispersaron gritando. Algunos enfermaron por el susto y los padres decidieron poner fin a las andanzas del joven asistente. Pero éste, recordando las palabras que su padre dijera en su lecho de muerte, fue de casa en casa prometiendo a la gente proteger a los niños y logró persuadirlos para que confiaran otra vez en él. La vez siguiente que acompañó a los niños al bosque se armó de un grueso bastón. Entonces el lobo atacó de nuevo y él lo golpeó entre ambos ojos de tal manera que murió al instante. Al día siguiente encontraron al hechicero muerto en su casa.

Conjuros

Después Israel se empleó para servir en la Casa de Estudio. Pero como debía permanecer en ella día y noche se sentía que el cielo deseaba que él mantuviera en secreto su fervor y su empeño, adoptó la costumbre de dormir mientras los demás estaban despiertos y de orar y estudiar mientras dormían. Pero todos pensaban que Israel dormía por la noche y también gran parte del día. Los jasidim relatan los sucesos maravillosos que ocurrieron en ese entonces.

Antes de los tiempos del Baal Shem Tov hubo, según se cuenta, un hacedor de milagros llamado Adán, de quien no se sabe exactamente dónde vivió, pero que puede haber sido en la ciudad imperial de Viena. Como toda la serie de hacedores de milagros anteriores a él, Adán fue llamado Baal Shem, es decir el Maestro del Nombre, porque conocía el nombre secreto de Dios y podía decirlo de tal modo que, con su ayuda, le era dado realizar extraños conjuros y sobretodo curar cuerpos y almas. Cuando sintió que iba a morir no supo a quién dejar los antiguos escritos que le habían enseñado sus arcanos, y que se remontaban a los tiempos de Abraham el patriarca. Porque si bien su hijo era a la vez docto y devoto, no le parecía sin embargo merecedor de semejante herencia. Así pues, Adán interrogó al cielo durante el sueño sobre lo que debía hacer y le fue indicado que los escritos debían entregarse a Rabí Israel ben Eliézer, en la ciudad de Okup, el cual tenía entonces catorce años. Y en su lecho de muerte, Adán confió a su hijo este mandato.

Cuando éste llegó a Okup halló difícil creer que el sirviente de la Casa de Estudio, considerado en general como un muchacho tosco e ignorante, fuera la persona que él buscaba. Permitió al muchacho que lo atendiera, lo observó secretamente de cerca y pronto comprendió que Israel ocultaba al resto del mundo su verdadero carácter y sus preocupaciones. Entonces le dijo quién era, le entregó los escritos y le pidió participar en su estudio únicamente bajo la dirección del joven. Israel consintió, con la condición de que tal acuerdo permaneciera secreto y que él continuara sirviendo al forastero. El hijo de Adán alquiló una casa pequeña en las afueras de la ciudad, alejada de las demás, y la gente estuvo más que contenta de darle a Israel como sirviente. Creyeron por cierto que ese hombre sabio y devoto deseaba amparar al muchacho solo por haber sido su padre persona de tanto mérito.

Un día el hijo de Adán pidió al muchacho que conjurara al Príncipe de la Torah, con ayuda de las indicaciones dadas en los escritos, a fin de pedirle la solución de ciertas dificultades a afrontar semejante riesgo, pero finalmente se dejó persuadir. Ayunaron de sábado a sábado, tomaron un baño purificador y, al terminar el shabat, realizaron los ritos prescriptos. Pero tal vez porque el hijo de Adán no concentró su alma totalmente en las instrucciones, se deslizó un error. En lugar del Príncipe de la Torah apareció el Príncipe del Fuego e intentó quemar la villa entera. Y fue solo con un inmenso esfuerzo que lograron salvarla.

Transcurrido un largo tiempo, el hijo de Adán instó al muchacho a realizar otro intento. Israel se negó con determinación a reiterar lo que obviamente desagradaba al cielo. Pero cuando su compañero apeló al nombre de su padre, que le había legado los escritos milagrosos, entonces consintió. Nuevamente ayunaron desde un shabat hasta el siguiente, nuevamente se sumergieron en el baño purificador y al terminar el shabat, efectuaron los ritos prescriptos. Repentinamente el muchacho clamó que estaban condenados y que morirían a menos de velar toda la noche con el alma en incansable vigilia. Toda la noche permanecieron de pie. Pero al llegar el filo del alba, el hijo de Adán no pudo luchar más contra el sueño y se durmió. En vano trató Israel de despertarlo. Fue sepultado con grandes honores.

Su boda

En su juventud Israel ben Eliézer fue maestro asistente en una pequeña comunidad, no lejos de la ciudad de Brody. Nadie sabía demasiado sobre él, pero los niños a los que enseñaba comenzaron a apreciarlo. Pronto se supo que era prudente y la gente vino a pedirle consejo. Cuando estallaba una querrela el joven maestro era llamado como mediador, y lo hacía tan bien que el hombre contra quien había dictaminado no estaba menos complacido que su opositor, en cuyo favor él había hablado, y ambos seguían su camino serenos y felices.

En aquella época un gran erudito, Rabí Guershon de Kitov, vivía en Brody. Su padre, Rabí Efraím, sostenía un litigio con un miembro de la

comunidad donde enseñaba el Baal Shem. Acudió a su contrincante y le sugirió que ambos fueran a Brody para someter el caso al tribunal rabínico. Pero el otro hombre le habló de la prudencia y el sentido de la justicia del joven maestro de tal manera que Rabí Efraím consintió en someterle el asunto. Cuando entró en la habitación y lo miró, quedó pasmado ante el fulgor que despedía la frente de Israel. El había visto esa misma señal - ¡y jamás lo olvidaría!- en la pequeña frente de su propia hija cuando la comadrona le presentó la criatura recién nacida. Bajó la vista se le anudó la lengua y difícilmente logró formular su petición. Cuando pudo levantar los ojos, la señal se le había desvanecido. Israel escuchó, hizo preguntas y luego pronunció su dictamen. De inmediato los corazones de ambos hombres quedaron en paz y les pareció que el resplandor mismo de la justicia nacía de la oscuridad de su desacuerdo.

Más tarde Rabí Efraím visitó al Baal Shem y le rogó que tomara a su hija por esposa. Israel dio su consentimiento, pero impuso dos condiciones: que su acuerdo permaneciera secreto por un tiempo y que, en el contrario que se habría de redactar, su saber no debería ni siquiera mencionarse, debiendo ser llamado únicamente por su nombre, Israel ben Eliézer, porque –añadió. “es a mí a quien quieres como marido para tu hija y no a mi sabiduría”. Y todo se realizó según sus deseos.

Cuando Rabí Efraím regresó de su viaje, cayó repentinamente enfermo y murió pocas horas después. Su hijo, Rabí Guershon de Kitov, vino a la casa paterna para el entierro. Entre los papeles de su padre halló el contrato de casamiento según el cual su hermana había sido prometida a un hombre que carecía de títulos de estudios y no pertenecía a ninguna familia de renombre. Ni siquiera se mencionaba la ciudad natal del extranjero. Informó de inmediato a su hermana acerca del inaudito arreglo, pero ella respondió simplemente que si tal había sido el deseo de su padre, solo ese arreglo, y ningún otro, sería bueno para ella.

Israel esperó hasta haber completado el año de clases. Los padres de sus discípulos no querían dejarlo ir, pero el no permitió que lo detuvieran. Se quitó su ropa y vistió una zamarra de bandana con un ancho cinto de cuero como usaban los campesinos y adoptó sus palabras y sus gestos. Así llegó a Brody y a la casa de Rabí Guershon. Se detuvo en el umbral de la puerta. El sabio, que se encontraba justamente comparando diversas interpretaciones de un pasaje difícil del Talmud, dio una moneda al

forastero. Dijo entonces peste que tenía algo que comunicarle. Pasaron juntos al cuarto vecino e Israel informó al rabí que había venido para buscar a su esposa. En medio de la mayor consternación Rabí Guershon llamó a su hermana para que viera al hombre que su padre había elegido para ella. Pero todo lo que ella dijo fue: “Si él lo ordenó, es que es la voluntad de Dios”, y les pidió que se prepararan para la boda. Antes de dirigirse al palio nupcial ella debió prometerle no pronunciar una sola palabra sobre el asunto, sucediera lo que sucediese. Le anunció también que les esperaban grandes miserias y tribulaciones. Ella le respondió que las cosas serían como habrían de ser.

Después del casamiento, Rabí Guershon se dedicó, día tras día a enseñar la Torah a su ignorante cuñado, pero le fue imposible conseguir que recordara ni una sola de las palabras de las enseñanzas. Finalmente dijo a su hermana: “Me siento avergonzado de tu esposo. Sería bueno que se divorciaran. Pero sino quieres hacerlo te compraré caballos y un carruaje y puedes irte con él a donde quieras.” Ella estuvo muy satisfecha con esta segunda alternativa.

Y viajaron hasta llegar a una pequeña ciudad en los Montes Cárpatos, donde la mujer halló un lugar para vivir. Israel se fue a las montañas vecinas, se construyó una choza y se puso a juntar arcilla. Dos o tres veces a la semana venía su mujer, lo ayudaba a cargar la arcilla en la carreta y la llevaba al pueblo para venderla por una módica suma. Cuando Israel tenía hambre ponía agua y harina en una pequeña artesa, amasaba la mezcla y la cocía al sol.

La montaña servicial

Se cuenta que:

Las cumbres de las montañas en cuyas benignas laderas vivía Israel ben Eliézer eran rectas y escarpadas. En sus horas de meditación le gustaba escalar esos picos y permanecer en la cima. Estaba una vez sumido en un éxtasis tan profundo que no advirtió que se hallaba al borde de un abismo y, con tranquilo paso, adelantó un pie para seguir andando.

Instantáneamente la montaña vecina se movió y se unió apretadamente a la otra y el Baal Shem prosiguió su camino.

Con ladrones

Se cuenta que:

Una pequeña banda de ladrones, que vivía en la región oriental de los Montes Cárpatos, sabedores de los milagrosos sucesos ocurridos dondequiera que el baal Shem se dejase ver, vino a él y le ofrecieron conducirlo a la patria de Israel por una ruta especial, a través de las cavernas y los huecos de la tierra. Porque ellos habían oído –no sabemos cómo- que era allí donde él quería llegar. El Baal Shem estuvo dispuesto y deseoso de partir con ellos. Tomaron un camino que los condujo a un desfiladero lleno de fango y avanzaron paso a paso por un estrecho sendero situado junto a uno de sus bordes, asiéndose de los bloques de piedra que ellos mismo habían hundido en la tierra. Los ladrones pasaron primero pero cuando el Baal Shem quiso seguirlos vio una espalda flamígera que describía círculos impidiéndole avanzar. Y se volvió.

Obstáculos para la bendición

El Baal Shem preguntó una vez a su discípulo, Rabí Meír Margaliot: “Meir, ¿recuerdas todavía aquel shabat cuando tú comenzabas a estudiar el Pentateuco? El salón de la casa de tu padre estaba lleno de huéspedes. Te habían subido a una mesa y tú recitabas lo que habías aprendido.”

Rabí Meir repuso: “Ciertamente lo recuerdo. De pronto mi madre se precipitó hacia mí y me arrebató de la mesa en la mitad de lo que estaba diciendo. Mi padre se enfadó, pero ella señaló a un hombre parado a la puerta. Estaba vestido con una zamarra, como los campesinos, y me miraba

fijamente. Entonces todos comprendieron que ella temía al mal de ojo. Aún señalaba hacia la puerta cuando el hombre desapareció.”

“era yo”, dijo el Baal Shem. “En horas semejantes una mirada puede inundar el alma con su luz. Pero el temor de los hombres levanta murallas que mantienen apartada esa luz.”

El primero

Cuando Rabí Israel ben Eliézer trabajaba como matarife ritual en la aldea de Koshilovitz, no se había manifestado aún y nadie podía hallar diferencia entre él y un carnicero ordinario. Rabí Zvi Margalio, el rav del vecino pueblo de Yaslovitz, tenía dos hijos: Itzjac Dov Ber y Meír. Itzjac tenía en aquel entonces diez y siete años, y Meir once. Repentinamente ambos hermanos fueron asaltados por el ardiente deseo de visitar al matarife de Koshilovitz. No podían explicarse el motivo y aún cuando comentaron entre sí su anhelo seguían sin comprenderlo y sintieron que no podían hablar de ello ni con su padre ni con ninguna otra persona.

Un día se escabulleron de su casa y fueron a lo del Baal Shem. Lo que en esa visita se habló ni él ni ellos lo contaron jamás, pero se quedaron con el Baal Shem. Cuando se notó la ausencia, la gente los buscó en la aldea y en toda la región. También en Koshilovitz recorrieron casa por casa hasta que los muchachos fueron encontrados y llevados a su hogar. Durante los primeros días el padre estaba tan dichoso por haberlos recuperado que no les hizo ninguna pregunta. Finalmente les preguntó con tranquilidad qué era lo que hallaban de notable en el matarife de Koshilovitz. “Es imposible de describir” –respondieron- “pero podéis creernos. Es el hombre más sabio del mundo y el más devoto del mundo.”

Más tarde, cuando el Baal Shem se hizo famoso, se unieron a él y lo visitaron año tras año

Saúl e Iván

Se cuenta que:

Una vez, cuando Rabí Meír Margalio, el autor del libro *Iluminador del camino*, visitó al Baal Shem con su hijo de siete años, su anfitrión le pidió que le dejara al niño por algún tiempo. El pequeño Saúl se quedó entonces en la casa del Baal Shem Tov. Poco después el Baal Shem lo llevó de viaje junto con sus discípulos. Detuvo el carruaje frente a la posada de una aldea y entraron. En el interior tocaban el violín y los campesinos y las mujeres danzaban. “Vuestro violinista no es bueno” –dijo el Baal Shem a los aldeanos-. “Dejad que mi niño os cante una canción para bailar y entonces podréis hacerlo mucho mejor.”

Los campesinos aceptaron de buen grado. El niño se subió a una mesa y con su voz argentina entonó una canción jasídica sin palabras que llegó en línea recta a los pies de los aldeanos. En una ronda de salvaje felicidad danzaron alrededor de la mesa. Entonces uno de ellos, un mozo joven, se adelantó y le preguntó: “¿Cómo te llamas?” “Saúl”, fue la respuesta. “Sigue cantando”, le gritó el paisano. El muchacho comenzó otra canción y el campesino bailaba frente a él al compás de la melodía. Pero en medio de sus salvajes saltos y brincos repetía más y más alto, como si estuviera hechizado: “¡Tú Saúl y yo Iván, tú Saúl y yo Iván!” Después del baile los aldeanos invitaron con vodka al Baal Shem y a sus discípulos y bebieron juntos.

Alrededor de treinta años más tarde Rabí Saúl, que había llegado a ser tan próspero comerciante como sabio talmudista, viajaba por negocios a través del país. Repentinamente fue asaltado por ladrones que, después de quitarle el dinero, quisieron matarlo. Rabí Saúl les rogó que tuvieran piedad de él y entonces lo llevaron a su jefe. Este lo miró con una larga y penetrante mirada. Finalmente preguntó “¿Cómo te llamas?” “Saúl”, dijo el otro. “Tú Saúl y yo Iván”, dijo el jefe de los ladrones. Ordenó a sus hombres devolver el dinero a Saúl y lo acompañó hasta su carruaje.

El aldeano y el arroyo

Se cuenta que:

Cuando Israel ben Eliézer vivía en la aldea de Koshilovitz se bañaba con frecuencia en el arroyo. Cuando estaba cubierto de hielo abría un agujero y se sumergía en él. Un campesino cuya choza estaba junto a la orilla lo vio una vez con el pie aprisionado en el hielo, forcejeando hasta que se desprendió la piel y la sangre comenzó a manar. Desde entonces el aldeano observaba el tiempo y ponía paja para que el Baal Shem pisara sobre ella. Un día el rabí le preguntó al campesino: “¿Qué te gustaría más: hacerte rico, morir de anciano o ser alcalde?” “Rabí –dijo el aldeano- “las tres cosas me parecen buenas”

El Baal Shem le indicó que construyera una casilla de baños junto al río. Pronto se supo que la mujer enferma del campesino se había bañado en la corriente y se había recuperado de su dolencia. La fama de las aguas curativas se extendió más y más hasta llegar a oídos de los doctores, y éstos hicieron tal baraúnda en las esferas del gobierno que la casilla fue clausurada. Pero mientras tanto el campesino que vivía cerca del río se había hecho rico y el pueblo lo había elegido alcalde. Se bañaba en la corriente todos los días llegó a ser muy viejo.

Ayuno

Cuando Rabí Elimélej de Lizensk dijo una vez que el ayuno ya no era obligación le preguntaron: “¿No ayunó el Baal Shem Tov muy a menudo?”

“Cuando el Baal Shem Tov era joven” –contestó- “acostumbraba a tomar seis hogazas de pan y una jarra de agua al terminar el sábado antes de recluirse por toda la semana. Un viernes, preparado ya para volver a su hogar, alzó su bolso del suelo y lo halló pesado. Lo abrió y encontró aún las hogazas en él. Y quedó muy sorprendido. ¡Ayunar de esa manera si está permitido!

El golpe en la ventana

Esto sucedió en los días de la juventud del Baal Shem, un día viernes en el cual no tenía nada en absoluto para preparar el shabat. Ni una migaja, ni un céntimo. Muy temprano en la mañana golpeó la ventana de un hombre rico y dijo: “Aquí hay alguien que no tiene nada para el sábado”, y siguió su camino. El hombre, que no conocía al Baal Shem, corrió tras él y preguntó: “Si precisas ayuda, ¿por qué escapas?” El Baal Shem rió y dijo: “Dice la Guemará que cada hombre nace con su pan. Pero, desde luego, cuanto más pesada es la carga de sus pecados, mayor esfuerzo debe hacer para conseguir el pan que le está destinado. Y esta mañana casi no sentí peso alguno sobre mis hombros. Entonces solo necesitaba hacer muy poco. Y eso es justamente o que hice.”

El llamado

Cuando los cielos revelaron al Baal Shem que habría de ser el líder de Israel, fue hacia su mujer y le dijo: “Debes saber que he sido señalado para ser el líder de Israel.” Ella contestó: “¿Qué debemos hacer?” El dijo: “Debemos ayunar.” Entonces ayunaron por tres días sin interrupción y, un día y una noche, yacieron en tierra con las manos y los pies extendidos. Al tercer día, cuando anochecía, el Baal Shem oyó una voz que le decía desde lo alto: “¡Hijo mío, levántate y guía al pueblo!” El se alzó y dijo: “Si es la voluntad de Dios que yo sea su líder, debo tomar esa carga sobre mí.”

El Baal Shem se manifiesta

Se cuenta que:

Israel ben Eliézer había sido sucesivamente asistente de escuela, sirviente en la Casa de Estudio, maestro de niños y matarife ritual y, por un tiempo, trabajó como cochero para su cuñado. Finalmente arrendó un trozo de tierra en una aldea sobre el río Prut. En dicha tierra había una posada que tenía algunas habitaciones para albergar huéspedes. Acorta distancia, atravesando el vado, había una cueva cavada en la montaña. Ahí pasaba el Baal Shem la semana sumido en la meditación. Cuando un huésped llegaba a la posada la mujer de Israel se asomaba por la puerta y lo llamaba. Y él respondía siempre y de inmediato se acercaba para esperar al viajero. En shabat permanecía en la casa y vestía la blanca túnica sabática.

Un día –era martes- un discípulo de Rabí Guershon, el cuñado del Baal Shem, viajaba hacia lo de su maestro, que vivía en la ciudad de Brody. Cuando atravesaba la aldea sobre el Prut se detuvo en la posada. Al llamado de su mujer, el Baal Shem acudió y sirvió la comida al huésped. Cuando éste terminó de comer, dijo: “Israel, coloca los arneses a los caballos pues debo partir.” El Baal Shem engancho los arneses, le informó que el carruaje estaba pronto y agregó: “¿Por qué no te quedas para el shabat?” El huésped sonrió ante tan tonta sugestión. Pero apenas había andado media milla cuando una rueda se rompió.

Comprendió que llevaría cierto tiempo componerla, por lo que decidió regresar y pasar la noche en la posada. Al día siguiente y al otro y en la mañana del viernes se presentaron obstáculos, uno tras otro, hasta que finalmente se vio obligado a quedarse para el shabat. Pasó la mañana del viernes triste y afligido. Con asombro vio a la esposa del posadero hornear doce hogazas sabáticas. Preguntóle para qué las necesitaba. “Bien” –dijo ella-, “mi esposo es por cierto un hombre ignorante pero hace las cosas bien, y yo hago en la casa de mi esposo lo que ví hacer en la casa de mi hermano.”

“¿Tal vez tienes también un baño para la purificación?”, le preguntó.

“Ciertamente –dijo ella-, “Tenemos ese baño”.

“Pero, ¿para qué necesitáis ese baño?”, insistió.

“Bien” –dijo ella-, “mi esposo es un hombre ignorante pero hace bien las cosas y, por lo tanto, cumple con la diaria inmersión.”

Por la tarde, cuando el tiempo de las oraciones había llegado, preguntó a la mujer dónde estaba su esposo. “En el campo, con las ovejas y las vacas”, le respondió. Así, pues, el huésped debió decir solo las plegarias de la tarde y de la noche, así como las palabras para recibir el shabat, y todavía el posadero no había regresado. Porque el Baal Shem estaba orando en su cueva. Cuando finalmente retornó a la casa, volvió a asumir el aspecto y los gestos de un campesino y saludó a su huésped de esa manera.

“Ya ves” –le dijo-, “estás pasando el shabat aquí después de todo”. Se paró contra el muro como para rezar y entonces –a fin de no dejarse llevar por el fervor que sabía que no podría ocultar- rogó a su huésped que pronunciara la bendición del vino. Y se sentaron y comieron juntos. Cuando terminaron la cena el Baal Shem pidió a su huésped que dijera algunas palabras de enseñanza. Tratando de no exceder la capacidad mental de su anfitrión, el discípulo de Rabí Guershon explicó brevemente el capítulo de la semana acerca del cautiverio de los hijos de Israel en Egipto. Esa misma noche, la última antes del día en que el Baal Shem habría de completar los treinta y seis años de su vida, el cielo le hizo saber que el tiempo del secreto había terminado.

En mitad de la noche el huésped despertó y, desde su lecho en el gran salón de la posada, vio arder un gran fuego en el hogar. Corrió hacia allí pensando que los troncos se habían incendiado, pero advirtió que lo que había tomado por fuego era una gran luz: un vivo resplandor blanco que brotaba del hogar y llenaba toda la casa. El hombre retrocedió y perdió el conocimiento. Cuando el Baal Shem lo hizo volver en sí, dijo: “Un hombre no debe contemplar aquello que no le está destinado.”

A la mañana siguiente el Baal Shem se dirigió a la caverna vestido con su blanca túnica sabática, volvió a la casa y entró con el rostro resplandeciente, erguida la cabeza, cantando “Prepararé la comida en la mañana del shabat”. Luego pronunció el “gran kidush” como lo hacía habitualmente, con su milagroso poder de unirse a Dios. En la mesa el rabí pidió otra vez a su huésped que dijera palabras edificantes, pero éste se hallaba tan confundido que solo pudo expresar algunos conceptos sobre un pasaje de las Escrituras. “Yo he oído otra interpretación acerca de eso”, dijo el Baal Shem.

Juntos dijeron las oraciones de la tarde y luego el Baal Shem pronunció palabras de enseñanza y reveló secretos acerca de ellas que nadie había escuchado jamás. Luego recitaron ambos la oración de la noche y dijeron la bendición que marca la separación entre el shabat y los días de labor.

Cuando el discípulo de Rabí Guershon llegó a Brody se dirigió a la comunidad de “los grandes jasidim” de la ciudad aun antes de visitar a su maestro y, contándoles lo sucedido, agregó: “Una gran luz mora cerca de vosotros. Nada sería más justo que ir hacia él y traerlo a la ciudad”. Ellos fueron a buscarlo y hallaron al Baal Shem en la orilla del bosque que lindaba con la aldea. Tejieron para él una silla de verdes ramas, lo sentaron en ella y la alzaron en hombros. Y él les dijo palabras de sabiduría.

Ellos mismos

El Baal Shem dijo:

“Decimos: ‘Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob’ y no ‘Dios de Abraham, Isaac y Jacob’. Porque Isaac y Jacob no basaban su tarea en la búsqueda y el servicio de Abraham. Ellos mismo procuraban la unidad del Hacedor y Su servicio”.

La Torah es perfecta

Con referencia al versículo del salmo: “La ley del Señor es perfecta”, el Baal Shem dijo: “Todavía es verdaderamente perfecta. Nadie ha cambiado aún ni un punto ni una coma. Todavía ahora es verdaderamente perfecta”.

La forma

Los jasidim cuentan: Rabbí Dov Ver, el maguid de Mezritch, pidió una vez al cielo que le mostrara un hombre que fuera santo en cada miembro y en cada fibra de su cuerpo. Entonces le fue mostrada la forma del Baal Shem Tov, y era toda de fuego. No había en ella ni una brizna de sustancia. Era únicamente fuego.

Temblores

1

Un cierto día de luna nueva el Baal Shem se unió a la oración de la mañana permaneciendo de pie en su propio lugar, porque era su costumbre acercarse al pupitre del lector solo cuando comenzaba la lectura de los salmos. Súbitamente tembló y el temblor se hizo cada vez más intenso. Esto le había sucedido ya antes mientras rezaba, pero nunca había pasado de ser un ligero estremecimiento que le recorría el cuerpo. Mas ahora la agitación era violenta. Cuando el lector hubo terminado y el Baal Shem debía ocupar su sitio en el estrado, vieron que permanecía en su lugar, temblando fuertemente. Uno de sus discípulos se le aproximó y contempló su rostro: ardía como una antorcha y sus ojos, enormemente abiertos, tenían la mirada fija de un moribundo. Otro discípulo se unió al primero, lo tomaron de las manos y lo llevaron al estrado. El se detuvo al frente, temblando. Temblando recitó los salmos y después de haber dicho el Kádish permaneció de pie temblando por un tiempo. Y los demás debieron esperar para leer las Escrituras hasta que el temblor lo hubo abandonado.

2

El Maguid de Mezritch contó:

Una vez –era un día festivo- _el Baal Shem estaba orando ante el estrado con gran fervor y en voz muy alta. Yo estaba enfermo y eso era demasiado para mí, y me fui a la sala pequeña para rezar allí solo. Antes

del servicio festivo el Baal Shem entró en la salita y se colocó la túnica. Cuando lo miré vi que no estaba en este mundo. Ahora bien, al ponerse la túnica ésta se había arrugado en los hombros y yo puse mi mano sobre ella para alisar los pliegues. Pero apenas lo hube tocado comencé a temblar. Me así rápidamente a la mesa, pero la mesa empezó a temblar también. El Baal Shem había pasado ya al gran salón, y yo me quedé y rogué a dios que me librara del temblor.

3

Rabí Iaakov Iosef de Polnoie contó:

“En la habitación donde el Baal Shem estaba rezando había una gran artesa llena de agua. Yo vi agitarse y temblar el agua de la artesa hasta que él hubo terminado”.

Otro discípulo contó:

“Una vez, en un viaje, el Baal Shem estaba orando en el muro oriental de la casa. En la pared opuesta había barricas abiertas, llenas de granos. Entonces vi que el grano en las barricas temblaba”.

Al acercarse el shabat

Los alumnos de un tzadik que había sido discípulo del Baal Shem Tov estaban sentados juntos, un mediodía antes del shabat, refiriéndose uno al otro los milagrosos hechos del Baal Shem. El tzadik, que se hallaba en el cuarto contiguo, los oyó. Abrió la puerta y dijo: “¡Qué sentido tiene contar historias de milagros! ¡Contaos más bien el uno al otro sobre su temor de Dios! Cada semana en la víspera del shabat, alrededor del mediodía, su corazón comenzaba a latir tan fuerte que todos los que estábamos con él podíamos oírlo”.

Las franjas

Un tzadik contó:

Las franjas del manto de oración del santo Baal Shem tenían su propia vida y su propia alma. Podía moverse aún cuando su cuerpo estuviera quieto porque, a través de la santidad de sus acciones, el santo Baal Shem las había imbuido de alma y vida.

A su cuerpo

El Baal Shem dijo a su cuerpo: “¡Me sorprende, cuerpo, que no te hayas desmoronado en pedazos por miedo a tu Hacedor!”

Para ti

En la mitad de la plegaria el Baal Shem dijo una vez las palabras del Cantar de los Cantares: “Lo nuevo y lo viejo, todo lo he atesorado para ti, oh mi bienamado.” Y agregó: “Cualquier cosa que haya en mí, todo lo nuevo y lo viejo, es solo para ti”.

Sobre esto le preguntaron: “¿Pero acaso el rabí no nos dice también a nosotros palabras de enseñanza?” El repuso: “Cuando el tonel rebosa”

Lo que la boca quiera

Dijo el Baal Shem: “Cuando yo uno mi espíritu a Dios dejo hablar a mi boca lo que desea porque entonces todas mis palabras se atan a sus raíces en el cielo”.

De cómo Ajías le enseñó

El rav de Polnoie contó:

“Al principio el Baal Shem no sabía cómo dirigirse a la gente, a causa de su profunda unión con Dios. Por lo tanto hablaba muy quedo para sí mismo. Entonces vino Ajías, el profeta, su maestro enviado de Dios, y le enseñó los versículos de los salmos que debía recitar cada día hasta lograr la habilidad para hablar al pueblo sin interrumpir su comunión con Dios”

El dinero que quedó en la casa

El Baal Shem nunca guardó dinero en su casa durante la noche. Cuando regresaba de un viaje pagaba todas las deudas que se habían acumulado durante su ausencia y distribuía el sobrante entre los necesitados.

Una vez trajo de su viaje una gran suma de dinero, pagó sus deudas y repartió el resto. Pero en el interín su mujer había tomado un poco de ese dinero para no verse obligada a comprar crédito por algunos días. Por la noche el Baal Shem sintió que algo le impedía orar. Fue a su casa y dijo: “¿Quién tomó el dinero?” Su mujer confesó que había sido ella. El se lo quitó y lo distribuyó entre los pobres esa misma noche.

Sabiduría

El Baal Shem dijo: “Todo se lo debo al baño. La inmersión es mejor que la mortificación de la carne. Mortificar la carne debilita las fuerzas que se necesitan para la devoción y la enseñanza; el baño de inmersión aumenta esas fuerzas.”

Contra la mortificación de la carne

Rabí Baruj, el nieto del Baal Shem, dijo:

Una vez le preguntaron al Baal Shem Tov: “¿Cuál es la esencia del servicio? Sabemos que en los tiempos pasados hubo ‘hombres de buenas acciones’ que ayunaban desde un shabat al otro. Pero tú has acabado con ellos puesto que dices que quienquiera que mortifique su carne deberá rendir cuentas como un pecador porque ha atormentado su alma. Por lo tanto, dínos: ¿cuál es la esencia del servicio?”

El Baal Shem Tov replicó: “Yo he venido al mundo para mostrar otro camino. El hombre debe tratar de lograr tres amores: el amor a Dios, el amor a Israel y el amor a la Torá. No es necesario mortificar la carne.”

Sin el mundo venidero

Una vez el espíritu del Baal Shem estaba tan oprimido que le pareció que no habría de participar en el mundo venidero. Entonces se dijo: “Si yo amo a Dios, ¿qué necesidad tengo de un mundo venidero?”

La danza de los jasidim

En la fiesta de Simjat Torá, el día de la alegría en la ley, los discípulos del Baal Shem celebraron en su casa. Danzaron y bebieron y subieron más y más vino de la cueva. Después de algunas horas la mujer del Baal Shem entró en su cámara y le dijo: “Si ellos no dejan de beber, muy pronto no habrá vino para el ritual del shabat ni para el kidush y la havdalá.”

El rió y repuso: “Tienes razón. Así pues, ve y diles que ya basta.”

Cuando ella abrió la puerta del salón, esto fue lo que vio: los discípulos danzaban en círculo y en torno de la rueda ardía un anillo de fuego azul. Entonces ella misma tomó un cántaro en su mano derecha y otro en su mano izquierda, despidió a su sirviente y fue a la cueva y retornó con las vasijas llenas hasta el borde.

El maestro también danza

Una noche de Simjat Torá el Baal Shem mismo danzó junto con su congregación. Tomó el rollo de la Torá en sus manos y bailó. Luego lo dejó a un lado y siguió la danza sin él. En ese momento uno de sus discípulos, que conocía íntimamente sus gestos, dijo a sus compañeros: “Ahora nuestro maestro ha abandonado las enseñanzas visibles y mensurables y ha incorporado las enseñanzas espirituales en su interior.”

El sordo

Rabí Moshé Jaím Efraím, nieto del Baal Shem, contó: “Yo oí decir a mi abuelo que una vez un violinista tocó tan dulcemente que todos los que lo oían comenzaron a bailar, y los que se acercaban para escucharlo también se unían a la danza. Entonces un sordo, que nada sabía de música, acertó a pasar por allí y le pareció que todos actuaban como locos, desprovistos de gracia y de sentido.”

La fuerza de la comunidad

Se cuenta que: Una vez, en la noche que sigue al Día del Perdón, la luna se ocultaba detrás de las nubes y el Baal Shem no podía pronunciar la

bendición de la luna nueva. Esto oprimió pesadamente su espíritu porque entonces, como muchas otras veces, sintió que el destino inconmensurable dependía de esas palabras que debían salir de sus labios. En vano concentró su intrínseco poder en la luz del astro errante a fin de ayudarla a atravesar la espesa envoltura: cada vez que enviaba a alguien afuera recibía la noticia de que las nubes se habían vuelto aún más impenetrables. Finalmente abandonó toda esperanza.

Mientras tanto los jasidim, que ignoraban la aflicción del Baal Shem, se habían reunido en la sala del frente de la casa y comenzaron a bailar. Porque así celebraban ellos esa noche, con la festiva alegría del perdón anual, logrado a través del oficio sacerdotal del tzadik. Cuando su santo júbilo creció más y más invadieron la cámara del Baal Shem todavía danzando. Transportador por su propio frenesí de felicidad lo tomaron de las manos, sumido como estaba en la tristeza, y lo atrajeron a la ronda. En ese momento alguien llamó desde el exterior. La noche se había vuelto repentinamente clara y la luna recorría un cielo sin tacha.

El nido del pájaro

Una vez el Baal Shem permaneció rezando en la Casa de Oración durante muy largo tiempo. Sus discípulos habían terminado de orar, pero él proseguía sin prestarles atención. Esperaron por él un lapso razonable y luego se fueron a sus ocupaciones. Después de algunas horas regresaron a la Casa de Oración y encontraron al rabí entregado aún a sus plegarias. Más tarde el Baal Shem les dijo:

“Os habéis ido y me habéis dejado solo y esa separación fue dolorosa para mí. Os contaré una parábola.

Sabéis que hay pájaros viajeros que en el otoño vuelan hacia los países cálidos. Pues bien, la gente de esas comarcas vio una vez un pájaro maravilloso de bellos colores en medio de una bandada que volaba por el cielo. Jamás los ojos de los hombres habían contemplado un pájaro tan admirable. Se posó en la copa del árbol más alto y anidó entre el follaje. Cuando el rey de esa nación oyó hablar de ellos ordenó a sus hombres que

formaran una escala para subir al árbol. Y uno se montó sobre los hombros del otro hasta que fue posible llegar lo bastante alto como para apoderarse del nido. Pero llevó un largo tiempo construir esta escalera viviente. Aquellos que estaban cerca del suelo perdieron la paciencia. Sacudieron los hombros para liberarse y todo se desplomó”

La alocución

Cada noche, después de rezar, el Baal Shem se iba a su habitación. Dos velas ardían frente a él y el misterioso Libro de la Creación se hallaba sobre la mesa entre otros libros. Entonces todos aquellos que necesitaban consejo eran admitidos en grupo y el rabí hablaba con ellos hasta la hora onceava.

Una noche, al salir de la reunión, uno de ellos explicó al que estaba a su lado cuánto bien le habían hecho las palabras que el Baal Shem le había dirigido. Pero el otro le repuso que no dijera semejantes desatinos, puesto que ambos habían entrado juntos en la cámara y a partir de ese momento el maestro solo le había hablado a él. Un tercero que los escuchaba se unió a la conversación con una sonrisa expresando su asombro ante el hecho de que los dos estuvieran equivocados, ya que el rabí había sostenido con él un íntimo diálogo durante toda la noche. Luego un cuarto de hombre, y un quinto, manifestaron otro tanto y finalmente todos comenzaron a hablar a un tiempo contando lo que habían experimentado. Pero de repente todos callaron.

Fe

Rabí David Leikes, discípulo del Baal Shem Tov, preguntó una vez a unos jasidim de su yerno, Rabí Mótél de Tchernobil, que habían venido a visitarlo camino de su ciudad. “¿Quiénes sois vosotros?” Le dijeron: “Somos jasidim del Rabí Mótél de Tchernobil.” “¿Tenéis una fe perfecta en vuestro maestro?”, siguió preguntando. Mas ellos no respondieron, porque,

¿quién osa decir que posee una fe perfecta? “Entonces” –dijo Rabí David Leikes- “os contaré lo que es la fe. Un shabat la tercera comida, como a menudo sucede, se había prolongado hasta la noche. Dijimos la bendición después de la comida y, puestos de pie, rezamos la oración de la noche e hicimos la havdalá. En seguido nos sentamos para melavé malká. Entonces todos éramos pobres y no teníamos ni un céntimo propio, especialmente en shabat. Y sin embargo, cuando al terminar la comida el Baal Shem Tov me dijo: ‘David, ofrece algo para el aguamiel’, yo puse la mano en mi bolsillo, a pesar de saber que nada encontraría; he aquí que hallé un gulden y lo di para aguamiel.”

El narrador de cuentos

Existen muchas versiones acerca de cómo el Baal Shem conquistó a su discípulo Rabí Iacov Iosef, más tarde rav de Polnoie, quien posteriormente asentó las enseñanzas de su maestro en numerosos libros. Estas versiones incluyen relatos de milagros y también historias sobre el despertar de los muertos. Referiré aquí un cuento tomado de varias narraciones que se complementan entre sí.

Cuando Rabí Iacov Iosef era todavía rav de Szarygod –y enconado adversario del movimiento jasídico- un hombre que nadie conocía llegó a la ciudad en una mañana de verano, a la hora en que el ganado era conducido al pastoreo, y se detuvo con su carromato en el mercado. Llamó al primer hombre que venía hacia él guiando su vaca y comenzó a referir una historia. Tan complacido se sintió el oyente que no pudo desprenderse. Otro hombre sorprendió unas palabras al pasar, quiso alejarse pero no pudo hacerlo y se quedó y escuchó. Pronto un grupo de gente rodeó al narrador de cuentos y su número aumentaba más y más. Entre ellos se encontraba justamente el sirviente de la Casa de Oración, que se dirigía hacia allí para abrir sus puertas. En verano el rav acostumbraba a decir sus plegarias en la Casa de Oración a las ocho de la mañana y todo debía estar preparado mucho antes, es decir alrededor de las siete. Así pues, cuando el rav llegó a la Casa de Oración la halló cerrada. Es bien sabido que era un hombre muy singular, rápido para montar en cólera. También en esta ocasión se enfadó

y salió en busca del sirviente. Y allí estaba, justo ante él, porque el Baal Shem –que era quien relataba la historia- le había hecho una señal para que se fuera y él había corrido a abrir la Casa de Oración. Gritando el rav le preguntó por qué había faltado a su deber y por qué los hombres que siempre estaban allí a esa hora no se habían hecho presentes. El sirviente respondió que todos, así como él mismo, habían sido irresistiblemente cautivados por la maravillosa historia. Y el rav, furioso, tuvo que rezar a solas la oración de la mañana. Al terminar ordenó al sirviente que fuera al mercado a buscar al forastero. “¡Ya le daré su merecido!”, exclamó. Mientras tanto, terminado el cuento, el Baal Shem se había retirado a la posada. Allí lo encontró el sirviente de la Casa de Oración y le dio el mensaje. El Baal Shem lo siguió de inmediato fumando su pipa y así llegó ante el rav.

“¿Qué es lo que te propones?” –gritó éste- ¡Impides a la gente que rece sus oraciones!”

“Rabí” –dijo serenamente el Baal Shem-, “no está bien que montes en cólera. Déjame mejor contarte una historia.”

“¿Qué es lo que pretendes?”, quiso repetir el rav. Y entonces, por primera vez, fijó su mirada en el hombre. Pero, en verdad, inmediatamente apartó sus ojos, y las palabras que estaba a punto de pronunciar se le atravesaron en la garganta. El Baal Shem había empezado su historia y el rav hubo de escucharla como antes lo hicieran los demás.

“Una vez” –dijo el Baal Shem- “yo viajaba a campo traviesa guiando tres caballos, uno bayo, uno pío y otro blanco. Y ninguno de los tres podía relinchar. Entonces un campesino que venía hacia mí me gritó: ‘¡Aflójales las riendas!’ Así pues les aflojé las riendas y los tres caballos comenzaron a relinchar.” El rav no pudo hablar por la emoción. “Tres” –repitió el Baal Shem-. “El bayo, el pío y el blanco, y ninguno relinchaba. El campesino sabía lo que había que hacer; al aflojarles las riendas, los caballos relincharon.” El rav inclinó la cabeza en silencio. “El aldeano dio un buen consejo” –dijo el Baal Shem-. “¿Comprendes?”

“comprendo, rabí” –contestó el rav, y estalló en lágrimas. Y lloró y lloró y supo que hasta ese momento había ignorado lo que era llorar.

“Tú has de ser elevado”, dijo el Baal Shem. El rav lo miró pero él ya no estaba más allí.

Cada mes Rabí Iaacov Iosef ayunaba una semana, de shabat a shabat. Como tomaba sus comidas en su cámara nadie lo sabía, salvo su sobrina, que le servía los alimentos. En el mes que siguió a su encuentro con el Baal Shem ayunó como de costumbre, sin ocurrírsele que la elevación que le fuera predicha podía ser alcanzada sin mortificar la carne. El Baal Shem estaba realizando otro de sus viajes cuando repentinamente pensó: si el rav de Szarygrod continúa con lo que está haciendo perderá la razón. Entonces exigió a sus caballos con tal ímpetu que uno de ellos cayó y se quebró una pata. Cuando entró en la cámara del rav dijo: “Mi caballo blanco cayó por la prisa que yo tenía en llegar aquí. Las cosas no pueden seguir de esta manera. Haz que te traigan alimentos.” Trajeron los alimentos y el rav comió. “Tu obra” –dijo el Baal Shem- está hecha de dolores y de tristezas. La Divina Presencia no se cierce sobre la tristeza sino sobre la alegría en los preceptos.”

Un mes después el rav estaba sentado leyendo un libro en Mezbizh, en el “klaus” del Baal Shem, cuando entró un hombre que de inmediato inició una conversación.

“¿De dónde eres?”, preguntó. “De Szarygrod”, repuso el rav. ¿Y qué haces para vivir?”, continuó el hombre. “Soy el rav de la ciudad”, dijo Rabí Iaacov Iosef. “¿Y cómo te arreglas?” –siguió preguntando el otro- “¿Llevas buena vida o estás apurado de dinero?”. El rav no pudo soportar esa vacua conversación. “Me impides estudiar”, dijo con impaciencia. “Si te encolerizas” –dijo el otro- “cercenas las ganancias de Dios.” “No entiendo lo que quieres decir”, dijo el rav. “Bien” –dijo el hombre-, “cada uno gana su subsistencia en el sitio que Dios le ha destinado. Pero, ¿cómo se gana Dios la vida? Está escrito ‘Y tú, oh santo, estas entronizado sobre las alabanzas de Israel.’ ¡Ese es el sostén de Dios! Si dos judíos se encuentran, uno le pregunta al otro cómo se mantiene y el otro contesta: ‘Gracias sean dadas a Dios, yo me gano la vida así y así, y con su alabanza es el sostén de Dios. Pero tú que no hablas con nadie, tú que solo quieres estudiar, estas retaceando las ganancias de Dios.’” El rav quedó desconcertado. Quiso replicar, pero el hombre se había desvanecido. El rav volvió a su libro pero no pudo estudiar. Lo cerró y fue a ver al Baal Shem. “Bien rav de

Szarygrod –dijo éste sonriendo- Elías tuvo razón finalmente, ¿no es verdad?

Cuando el rav regresó a casa invitó a la congregación a la tercera comida del shabat como era costumbre entre los jasidim. Algunos acudieron, pero no la mayoría, porque estaban disgustados debido a que el rav se había unido a ese jasid impostor. Y se volvieron más y más hostiles hacia él hasta que finalmente lograron echarlo del pueblo. No le permitieron siquiera que permaneciese en su hogar, de manera que, al llegar el viernes, debió irse a pasar el shabat en una aldea vecina. El Baal Shem viajaba en esos días con algunos íntimos amigos y ese mismo viernes se hallaba cerca de la aldea. “Pasemos el shabat con el rav de Szarygrod – dijo- y alegremos su corazón.” Y así lo hicieron.

Poco después Rabí Iacov Iosef llegó a ser el rav de Rashkov. Proclamó a lo largo y a lo ancho que devolvería el importe de todas las multas que había aplicado, que habían sido muchas, y no descansó hasta haber distribuido todo el dinero que tenía.

Desde entonces acostumbraba a decir: “La zozobra y la tristeza son las raíces del mal”.

Las setenta lenguas

Rabí Leib, hijo de Sara, el tzadik oculto, contó:

“Una vez estuve con el Baal Shem Tov durante el shabat. Al caer la tarde todos sus grandes discípulos se reunieron alrededor de la mesa antes de la tercera comida y esperaron su llegada. Y mientras aguardaban discutieron un pasaje del Talmud sobre el cual deseaban interrogarlo. Era este: “Gabriel llegó y enseñó a Iosef setenta lenguas.”

No lo podían comprender porque ¿No es que cada lengua está formada por incontables palabras? Entonces, ¿Cómo pudo la mente de un hombre captarlas en una sola noche, tal como sugiere el pasaje? Los discípulos decidieron que Rabí Guershon de Kitov, cuñado del Baal Shem, sería el que haría la pregunta.

Cuando el Baal Shem llegó y se sentó a la cabecera de la mesa, Rabí Guershon planteó la cuestión. El Baal Shem comenzó a decir palabras de enseñanza, pero lo que expresaba no parecía tener nada que ver con la pregunta y sus discípulos no podían encontrar una respuesta en sus palabras. De pronto algo increíble, antes jamás visto, aconteció. En la mitad de la alocución del Baal Shem, Rabí Iaacov Iosef golpeó en la mesa y gritó: “¡Turco!”, y después de un momento, “¡Tártaro!”, y tras otro intervalo: “¡Griego!”, y así siguió, una lengua tras otra. Gradualmente sus compañeros comprendieron: de la alocución del maestro, aparentemente referida a temas muy disímiles, él había llegado a conocer el origen y el carácter único y particular de cada idioma. ¡Y aquel que os enseña el origen y el carácter de una lengua os ha enseñado la lengua misma!

La batalla contra Amelek

Una vez Rabí Pinjas de Koretz se sintió confundido acerca de su fe en Dios y no pudo hallar mejor manera de ayudarse que viajar en busca del Baal Shem. Y supo que el maestro acababa de llegar justamente a Koretz. Lleno de felicidad corrió a la posada. Allí encontró a los jasidim reunidos alrededor del Baal Shem, que peroraba sobre un versículo de las Escrituras según el cual las manos que Moisés alzó en la hora de la lucha contra Amelek se dice que fueron emuná, es decir, confiadas y creyentes. “A veces sucede” –dijo el Baal Shem- “que un hombre se siente confuso con respecto a su fe. El remedio para esto es rogar a Dios por su fortalecimiento. Porque el verdadero daño que Amalek infligió a Israel fue debilitar su creencia en Dios mediante el éxito del ataque. Por eso Moisés les enseñó a implorar al Altísimo, para que reforzara su fe, tendiendo las manos al cielo, las que en sí mismas eran fe y confianza. Y esto es lo único que importa en las horas de lucha contra las fuerzas del mal.” Rabí Pinjas escuchó y lo que oyó fue como una plegaria, y en el momento de rezar sintió que su fe crecía y se hacía más fuerte.

El pasaje de los castigos

Cuando Rabí Najum de Tchernobil era joven sucedió que una vez estuvo con el Baal Shem durante el shabat en el que se lee en las Escrituras el pasaje de los castigos, y que se designa con el nombre de “Sábado de las Bendiciones” a fin de evitar las ominosas palabras. En esa oportunidad Rabí Najum fue llamado para la lectura de la Torá en la Casa de Oración y le tocó secundar en dicho pasaje. Lo contrario que justamente fuera ése el capítulo que le hubiera correspondido. El Baal Shem mismo leía en voz alta y en ese momento Rabí Najum se sintió enfermo, invadido por toda clase de dolores y molestias. Pero a medida que el Baal Shem avanzaba en la lectura, Rabí Najum sentía que los dolores abandonaban su cuerpo, miembro tras miembro, al tiempo que se sucedían los pasajes. Al terminar la lectura se sintió libre de sus males, sano y bueno.

Hallar el camino

Rabí Iejiel Míjal, más tarde maguid de Zlotchov, fue por cierto en busca del Baal Shem cuando era muy joven, pero no estaba seguro de si quería convertirse o no en discípulo. Un día el tzadik lo llevó consigo de viaje a un cierto lugar. Habían recorrido ya un buen trecho cuando se hizo evidente que no iban por buen camino. “Pero Rabí” –pregunto Míjal-, “¿no conoces el camino?”

“El mismo me lo hará saber a su debido tiempo”, contestó el Baal Shem, y tomó por otra carretera. Pero ésta tampoco conducía a su destino. “¡Pero Rabí!” –Se extrañó Míjal- “¿Has perdido el camino?”

“Está escrito” –dijo el Baal Shem con calma- “que Dios ‘ha de cumplir el deseo de aquellos que lo temen’. Así pues El ha realizado tu deseo de tener una ocasión de reírte de mí.”

Estas palabras llegaron hasta el corazón del joven Míjal, quien, sin más discusiones si análisis, se unió al maestro con toda su alma.

El cantor del Baal Shem Tov

Uno de los discípulos del Baal Shem le preguntó: “¿Cómo habré de ganarme la vida en el mundo?”

“serás cantor”, dijo el maestro.

“Pero si ni siquiera sé cantar”, objetó el otro.

“Yo te conduciré al mundo de la música”, dijo el tzadik.

Y el hombre se convirtió en un cantor sin igual, y a lo largo y a lo ancho lo conocieron como el cantor del Baal Shem Tov.

Después de muchos años llegó a Lizhensk con el bajo que lo acompañaba siempre y visitó a Rabí Elimélej, el discípulo del discípulo del Baal Shem Tov. Durante mucho tiempo el rabí y su hijo Eleazar dudaron si debían permitirle cantar con el coro de la Casa de Oración, temerosos de que la belleza de su canto perturbara sus devociones. Pero Rabí Eleazar arguyó que, a causa de la santidad del Baal Shem, no estaba bien rehusar ese honor al hombre. Así pues, se convino que habría de cantar en la iniciación del shabat. Pero al comienzo, Rabí Elimélej notó que el intenso fervor de su canto inundaba su mente y amenazaba llevarlo fuera de sí mismo. Por lo tanto debió decidirse de su invitación. Pero retuvo al cantor durante el shabat y lo hizo objeto de grandes agasajos.

Terminado el shabat el rabí lo invitó otra vez a su casa y le pidió que hablara del santo Baal Shem Tov, luz de Israel.

Entonces los ojos del hombre se iluminaron con una vida nueva y se vio claramente que también una vida nueva inundaba su voz y su corazón. Comenzó a hablar y se pudo advertir que, no habiéndosele permitido cantar, todo el fervor de su alma, que siempre se volcaba en su canto, fluía ahora en la palabra hablada. Contó cómo, en la larga secuencia de los cantos de alabanza, el maestro no recitaba nunca un versículo hasta haber visto al ángel de ese verso y escuchado su especial acento. Habló de las horas en que el alma del maestro se elevaba al cielo y su cuerpo permanecía a la zaga, como muerto. Y allí su alma dialogaba con quien él preguntaba y le contestaban. Contó que el maestro podía hablar con todas

las criaturas de la tierra en su propia lengua y con todo ser celestial en su propia lengua. Contó que en cuanto su maestro veía una herramienta cualquiera sabía al instante el carácter del hombre que la había hecho y lo que había pasado mientras la hacía. Y el cantor se puso de pie y atestiguó que una vez él y sus compañeros recibieron la Torá de labios de su maestro del mismo modo como Israel la recibió en el Monte Sinaí, en medio de truenos y trompetas, y que la voz de Dios ya no está silenciosa sobre la tierra sino que perdura y puede ser escuchada.

Algún tiempo después de su visita a Lizensk el cantor enfermó y murió. Treinta días más tarde, otra vez en viernes, el bajo dijo a su mujer al regresar del baño de purificación: “Llama pronto a la Santa Hermandad para que se ocupen de mi entierro, porque en el paraíso han encomendado a mi cantor que cante para la iniciación del sábado y él no quiere hacerlo sin mí.” Y se acostó y murió.

La respuesta equivocada

Se cuenta que:

Cuando Rabí Wolf Kitzes se despidió de su maestro, antes de partir para Tierra Santa, el Baal Shem extendió el dedo índice, lo colocó sobre sus labios y dijo: “¡Cuida tus palabras y fíjate si das la respuesta justa!” Y rehusó decir más.

Una tempestad apartó de su ruta al navío en el que viajaba el discípulo del Baal Shem, forzándolo a recalar en una isla desconocida, aparentemente desierta. Amainado el temporal se vio que el barco había sufrido daños y que no podría hacerse a la mar de inmediato. Algunos de los viajeros, entre los cuales se contaba Rabí Wolf, desembarcaron para ver el extraño y poco familiar paisaje. Los demás regresaron después de un tiempo, pero él estaba sumido en tan honda meditación que siguió caminando hasta llegar a una gran casa, construida en estilo anticuado, con

la apariencia de no haber sido jamás habitada. Solo entonces recordó que el barco no habría de esperarlo. Pero antes de que pudiera tomar una decisión, un hombre que vestía un ropaje de lino apareció en el umbral. Sus rasgos eran los de un anciano y blancos sus cabellos, pero se mantenía erguido. “No temas, Rabí Wolf” –dijo-. “Pasa el shabat con nosotros. A la mañana siguiente podrás proseguir tu viaje.” Como en un sueño Rabí Wolf siguió al anciano hasta el baño, rezó en compañía de diez altos y majestuosos viejos y comió con ellos. El shabat transcurrió como un ensueño. A la mañana siguiente el anciano lo acompañó hasta la playa donde su barco estaba anclado y lo bendijo cuando partía. Pero justo en el momento en que Rabí Wolf se apresuraba a subir a la planchada, su anfitrión le preguntó: “Dime, Rabí Wolf, ¿cómo viven los judíos en tu país?”

“El Dios del mundo no los abandona”, contestó prontamente el rabí y siguió caminando. Recién en alta mar pudo pensar claramente. Entonces recordó las palabras de su maestro y lo embargó tan amargo remordimiento que resolvió interrumpir su viaje a Tierra Santa y volver a su casa de inmediato. Habló con un tripulante y supo por su respuesta que se hallaban de regreso.

Cuando Rabí Wolf acudió al Baal Shem el maestro lo miró con pena pero sin enojo y dijo: “¡Fue una respuesta equivocada la que diste a nuestro padre Abraham! Día tras día él interroga a Dios: ‘¿Cómo están mis hijos?’ Y Dios responde: ‘No los abandono.’ ¡Si por lo menos le hubieses hablado de los sufrimientos del exilio!”

El hacha

Una vez el Baal Shem enseñó a su discípulo, Rabí Wolf Kitzes, las kavanot de soplar el cuerno de carnero para que, en el Día de Año Nuevo, pudiera indicar el orden de los sonidos. Rabí Wolf aprendió las kavanot pero, para mayor seguridad, anotó cada una de ellas en una hoja de papel que ocultó en su pecho. Este papel, sin embargo, cayó poco después sin que él lo advirtiera. Se dice que esto fue obra del Baal Shem.

Entonces, cuando llegó el momento de hacer sonar el cuerno, Rabí Wolf buscó esa hoja en vano. Trató de recordar las kavanot pero las había olvidado por completo. Las lágrimas brotaron de sus ojos y llorando anunció el orden de los sonidos, sencillamente, sin referirse a las kavanot en absoluto. Más tarde el Baal Shem dijo: “Hay muchas salas en el palacio del rey, y llaves complicadas para abrir sus puertas, pero el hacha es más fuerte que todas ellas y ningún cerrojo puede resistirla. ¿Qué son las kavanot comparadas con una pesadumbre verdaderamente sincera?”

La palabra del discípulo

Cierta vez, un viernes, a la hora en que el tzadik examina su alma, el Baal Shem vio oscurecerse el mundo entero y la chispa de la vida estuvo a punto de extinguirse en él. Fue entonces cuando el más grande de sus discípulos lo halló. “¡Señor y maestro!”, exclamó. Tembló su voz y no pudo añadir ni una palabra. Pero eso solo bastó para que una nueva fuerza inundara el corazón del Baal Shem y el fuego vital ardiera en su interior.

Cerca y lejos

Un discípulo preguntó al Baal Shem: “¿Por qué a veces, cuando uno se acerca a dios y sabe que está próximo a El, experimenta un sentimiento de interrupción y de lejanía?”

El Baal Shem explicó: “Cuando un padre enseña a caminar a su hijo pequeño se para frente a él y extiende las dos manos a los costados del infante para impedirle caer. Pero cuando éste se acerca, el se aleja un poco, aparta las manos y lo hace repetidas veces para que el niño aprenda a caminar.”

Orando en el campo

Un jasid que estaba en camino hacia Mezbizh para pasar el Día del perdón junto al Baal Shem se vió obligado a interrumpir su viaje por una u otra razón. Al parecer las estrellas estaba aún bien lejos de la ciudad y, con el mayor pesar, debió rezar en campo abierto. Cuando llegó a Mezbizh, después de la fiesta, el Baal Shem lo recibió con especial alegría y cordialidad. “Tus plegarias” –dijo- “elevaron todas las preces que yacían acumuladas en ese campo.”

Los eruditos

Moshé Jaím Efraím, nieto del Baal Shem, dedicóse a estudiar en su juventud y su sabiduría llegó a ser tan grande que lo hizo desviarse en cierta medida del modo jasídico de vivir. Su abuelo, el Baal Shem, insistía en pasear a menudo con él por las afueras del pueblo y Efraím lo acompañaba sin mucho entusiasmo, lamentando el tiempo que sustraía de ese modo al estudio.

Una vez se encontraron con un hombre que venía de otra ciudad y el Baal Shem le preguntó acerca de uno de sus conciudadanos. “Es un gran sabio”, dijo el hombre.

“Envidio su sabiduría” –dijo el Baal Shem-. “Pero, ¿qué puedo hacer? No tengo tiempo de estudiar, pues debo servir a mi Hacedor.” A partir de aquel momento Efraím retornó a la vida jasídica con todas sus fuerzas.

Los límites del consejo

Los discípulos del Baal Shem oyeron decir que existía un hombre de gran reputación por su sabiduría. Algunos de ellos quisieron visitarlo y descubrir qué era lo que de él podía aprender. El maestro les otorgó su permiso pero, antes de partir, ellos le dijeron: “¿Y cómo sabremos que es un tzadik verdadero?”

El Baal Shem repuso: “Pedidle que os aconseje cómo hacer para evitar los pensamientos profanos que os perturban durante los estudios y las plegarias. Si os da consejos, entonces sabréis que es uno de aquellos cuyas palabras no deben ser tomadas en cuenta. Porque ésa es la tarea del hombre en el mundo, hora a hora, hasta el momento de la muerte: luchas constantemente con lo extraño y elevarse una y otra vez para acceder al ámbito del Divino Nombre.”

Las anotaciones

Un discípulo escribió secretamente todas las enseñanzas que había escuchado del Baal Shem. Un día éste vio a un demonio que entraba en la casa con un libro en la mano. El Baal Shem le preguntó: “¿Qué libro es ése que traes contigo?”

“Este es el libro” –repuso el demonio- “del que eres autor.”

Entonces el Baal Shem comprendió que alguien ponía por escrito sus palabras ocultamente. Reunió a tosa su gente y preguntó: “¿Quién entre vosotros escribe las palabras que yo os enseño?”

El discípulo que había estado tomando las notas dijo que era él y las entregó al maestro. El Baal Shem estudió los escritos largo tiempo, página por página. Entonces habló: “En todo esto no hay ni una sola palabra que haya sido pronunciada por mi. Tú lo no escuchabas por amor al cielo, entonces la fuerza del mal te utilizó para revestirse y tus oídos oyeron lo que yo no dije.”

Al lado del árbol de la Vida

El Baal Shem contó:

“Una vez fui al paraíso y mucha gente me acompañó. Pero a medida que yo me acercaba al jardín la gente iba desapareciendo y, cuando caminé por el paraíso, quedaban ya muy pocos. Y cuando me detuve al lado del Árbol de la Vida y miré a mi alrededor, me pareció que estaba solo.”

El sermón

Una vez pidieron al Baal Shem que predicara acerca de la plegaria de la congregación. El inició el sermón, pero de pronto fue embargado por un acceso de temblores, como al una vez le sucedía mientras oraba. Se interrumpió y dijo: “Oh, Señor del mundo. Tú sabes que no hablo para acrecer mi fama...” Aquí se detuvo una vez más, y luego las palabras brotaron precipitadamente de sus labios. “Muchos he aprendido y mucho me ha sido dado realizar y no hay nadie a quien yo pueda revelarlo.” Y no dijo nada más.

Como langostas

Rabí Míjal de Zlotchov contó:

Una vez que estábamos en viaje con nuestro maestro, Rabí Baal Shem Tov, la Luz de los Siete Días, él se fue al bosque para decir la plegaria de la tarde. De repente lo vimos golpearse la cabeza contra un árbol, llorando muy fuerte, Más tarde lo interrogamos acerca de ellos. El dijo “Mientras me sumía en el espíritu santo vi que, en las generaciones que precederán la llegada del Mesías, los rabíes de los jasidim se multiplicarán como langostas y serán ellos quienes habrán de retardar la redención creando la división entre los corazones y el odio sin motivo.”

Bienaventurados

Acerca del versículo del salmo: “Bienaventurados aquellos que conocen el grito del júbilo porque ellos, oh Señor, marchan a la luz de tu faz”, el Baal Shem dijo: “Cuando el pueblo no se entrega a los héroes y lanza por sí mismo el grito jubiloso de batalla, entonces marcha ante la luz de su faz.”

Sencillez

Una vez dijo el Baal Shem a sus discípulos: “Ahora que he escalado tantos peldaños al servicio de Dios, lo abandono todo y me entrego a la sencilla fe a fin de hacer de mí una vasija para Dios. Está escrito, por cierto: ‘El simple creará cada palabra’, pero también está escrito: ‘Dios protegerá al simple’.

El fabricante de medias

Una vez, en el curso de un viaje, el Baal Shem se detuvo en una pequeña ciudad cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros. Una mañana, antes de la oración, el Baal Shem estaba fumando su pipa, como de costumbre, mirando por la ventana. Y vio pasar a un hombre que llevaba en la mano el manto de rezar y las filacterias y marchaba con pasos tan solemnes y decididos como si se dirigiera rectamente a las puertas del

cielo. El Baal Shem preguntó al discípulo en cuya casa se hospedaba, quién era el hombre. Se le informó que era un fabricante de medias que iba a la Casa de Oración día tras día, invierno y verano, y recitaba sus oraciones aun cuando el quórum prescripto de diez devotos no estuviera completo. El Baal Shem quiso que lo trajeran a su presencia, pero su anfitrión le dijo: “Nadie detendrá a ese loco en su camino. No, ni aun cuando el emperador en persona lo llamase.”

Después de la oración el Baal Shem mandó a alguien con el encargo de traerle cuatro pares de medias. Poco después estaba el hombre ante él, desplegando su mercancía. “¿Cuánto quieres por este par?”, preguntó Rabí Israel.

“Un gulden y medio”

“Supongo que estarás satisfecho con un gulden.”

“En ese caso hubiera dicho un gulden”, replicó el hombre. El Baal Shem pagóle de inmediato lo que había pedido y comenzó a interrogarlo.

“¿Cómo pasas tus días?”

“ejerzo mi comercio”, dijo el hombre.

“¿Y cómo lo ejerces?”

“Trabajo hasta que tengo cuarenta o cincuenta pares de medias. Luego las pongo en un molde con agua caliente y las preno hasta que sean como deben ser.”

“¿Y cómo las vendes?”

“Yo no abandono mi casa. Los comerciantes vienen a mí para comprar. Ellos me traen asimismo buena lana que han adquirido para mí y yo les pago por su molestia. Esta vez he dejado mi casa sólo para honrar al rabí.”

“Y cuando te levantas por la mañana, ¿qué haces antes de ir a rezar?”

“Hago también medias.”

“¿Y qué salmos recitas?”

“Digo los salmos que sé de memoria mientras trabajo.”

Cuando el fabricante de medias se fue a su casa el Baal Shem dijo a los discípulos que lo rodeaban: “Hoy habéis visto la piedra angular que sostiene el Templo hasta la llegada del Mesías.”

La Plegaria del hombre atareado

Dijo el Baal Shem:

“Imaginad un hombre cuyos negocios lo llevan a través de muchas calles y de uno a otro extremo del mercado durante el día y todos los días de su vida. Está a punto de olvidar que existe un Hacedor del mundo. Sólo cuando llega el momento de la oración vespertina recuerda: ‘Debo rezar’. Y entonces desde el fondo de su corazón le brota un suspiro de pesar por haber gastado su día en asuntos vanos y va hacia una callejuela y ruega. Dios lo abraza tiernamente, muy tiernamente, y sus plegarias atraviesan el firmamento.”

El silbato pequeño

Un aldeano que año tras año rezaba en la Casa de Oración del Baal Shem durante los Días Austeros, tenía un hijo tan estúpido que no podía aprender, no digamos ya el significado de las palabras santas, sino ni siquiera la forma de las letras. En esas ocasiones no lo llevaba a la ciudad porque el niño nada comprendía. Pero cuando cumplió trece años en y alcanzó la edad necesaria de acuerdo con la ley de Dios, el padre lo llevó consigo por temor a que el muchacho pudiera comer alguna cosa durante el ayuno del Día del Perdón simplemente por ignorancia.

Pero sucedió que el muchacho tenía un silbato pequeño que soplaba siempre mientras estaba sentado en el campo, pastoreando las ovejas y los becerros. Puso el silbato en el bolsillo de su blusa y lo llevó sin que su

padre lo notara. Hora tras hora el muchacho permaneció sentado en silencio en la Casa de Oración, pero cuando comenzó el servicio adicional dijo: “Padre, tengo aquí mi pequeño silbato. Quiero cantar con él.”

El padre se turbó grandemente y le ordenó que no pensara en cosa semejante y el muchacho se contuvo. Pero cuando comenzó el servicio de Minjá dijo nuevamente: “Padre, déjame tocar mi pequeño silbato.” El padre se enojó y le preguntó “¿Dónde lo has puesto?” Y cuando el muchacho se lo indicó, apoyó la mano sobre el bolsillo a fin de que no pudiera tomarlo. La plegaria final había empezado. El muchacho arrancóse de la mano de su padre, tomó el silbato y sopló una larga nota. Todos se asustaron y confundieron, pero el Baal Shem prosiguió rezando, sólo que más rápida y fácilmente que de costumbre. Más tarde dijo: “El muchacho tornó las cosas más fáciles para mí.”

El barrendero de la corte

Cierta vez, justo antes del Año Nuevo, el Baal Shem llegó a una ciudad y preguntó a la gente quién leía las preces en los Días Austeros. Le respondieron que lo hacía el rav. “¿Y cuál es su manera de rezar?”, quiso saber el Baal Shem.

“En el Día del Perdón” –le dijeron- “él recita la confesión de todos los pecados en el más festivo de los tonos.”

El Baal Shem mandó llamar al rav y le preguntó la causa de tan extraño proceder. El rav explicó: “El más humilde de los servidores del rey, aquel cuya tarea es barrer la basura del patio, canta una alegre canción mientras trabaja porque está haciendo lo que hace para complacer al rey.”

Dijo el Baal Shem: “Ojalá mi suerte fuera como la tuya.”

En la hora de la duda

Se cuenta que:

En la ciudad de Satanov había un hombre erudito cuyas ideas y cavilaciones lo sumían más y más en la cuestión de por qué lo que existe es, y por qué cualquier cosa es en absoluto.

Un viernes, después de las plegarias, estaba en la Casa de Oración, abismado en sus pensamientos, tratando en vano de desenredarlos. El santo Baal Shem Tov lo supo desde lejos, subió a su carruaje y, gracias a ese milagroso poder que hacía que el camino viniera a su encuentro, llegó en un instante a la Casa de Estudio de Satanov. Allí estaba sentado el erudito debatiéndose en sus conjeturas. El Baal Shem le dijo “Cavilas acerca si Dios es; yo soy un tonto y creo.” El hecho de que otro ser humano conociera su secreto disipó la duda en su corazón y éste se abrió al Gran Misterio.

El famoso milagro

Un naturalista vino desde muy lejos a ver al Baal Shem y le dijo: “Mis investigaciones demuestran que, en el devenir de la naturaleza, el Mas Rojo iba a dividirse a la misma hora en que los hijos de Israel lo atravesaron., Entonces, ¿qué hay del famoso milagro?” El Baal Shem le respondió: “¿No sabes que la naturaleza es obra de Dios? El la hizo de tal modo que a la hora en que los hijos de Israel atravesaron el Mar Rojo, éste tenía que dividirse. Ese es el grande y famoso milagro.”

La verdad

El Baal Shem dijo: “¿Qué significa la afirmación de la gente de que la verdad recorre el mundo entero? Significa que la verdad es llevada de un lugar a otro y debe errar más y más.”

A uno que amonestaba

El Baal Shem dijo a un tzadik que acostumbra a predicar sermones amonitorios: “¿Qué sabes tu de amonestar? Has permanecido alejado del pecado durante todos los días de tu vida y nada tienes en común con la gente que te rodea. ¿Cómo puedes saber lo que es pecar?”

Con los pecadores

El Baal Shem dijo: “Dejo a los pecadores que se acerquen a mí si no son soberbios. Y alejo a los sabios y a los sin pecado si son orgullosos. Porque si el pecador sabe que es un pecador y por lo tanto se considera ruin, Dios es con él, porque ‘Él morirá con ellos en medio de sus impurezas.’ Pero del que se enorgullece porque está libre de culpa Dios dice, como sabemos por la Guemará: ‘No hay bastante lugar en el mundo para mí y para él.’”

Amor

El Baal Shem dijo a uno de sus discípulos:

“El más ínfimo ser en quien puedas pensar me es a mí más caro que tu único hijo para ti.”

Falsa hospitalidad

Se cuenta que:

En los días del Baal Shem un hombre rico y hospitalario vivía en una ciudad vecina. A todos los viajeros pobres les brindaba alimento, bebida y además dinero. Pero experimentaba la imperiosa necesidad de oír palabras de alabanza de cada uno de los que había recibido en su casa. Y si tales expresiones no brotaban espontáneamente, lanzaba una hábil palabra como cebo y entonces el pez grande o pequeño del elogio era pescado con certeza.

Una vez el Baal Shem envió a uno de sus discípulos, Rabí Wolf Kitzes, a recorrer la región, y le recomendó que visitara al hombre rico en el curso de su viaje. Fue pródigamente atendido y agasajado con regalos generosos, pero manifestó su agradecimiento con parquedad. Finalmente su anfitrión dijo: “¿No crees que es ésta una manera adecuada de practicar la hospitalidad?”

“Veremos”, contestó Rabí Wolf. Y el rico no pudo obtener otra palabra. Ala caída de la noche el anfitrión se acostó entre sus huéspedes, según su costumbre, porque antes de dormirse gustaba de conversar con ellos y escuchar agradables expresiones sobre su persona. En el instante en que empezó a dormitar. Rabí Wolf lo tocó en el hombro con el meñique. En su sueño el hombre creyó que había sido llamado por el rey para tomar juntos el té. Más repentinamente el rey se desplomó y murió y él fue acusado de haberlo envenenado. Y lo llevaron a la cárcel. Estalló en ella un gran incendio y él huyó y corrió hasta llegar muy lejos. Entonces se hizo aguatero, más éste era un trabajo duro y la ganancia magra, así que emigró a otra región donde el agua era escasa. Pero existía allí una ley según la cual no se recibía la paga a menos que el cubo estuviera lleno hasta los bordes, y andar con un cubo colmado sin que jamás se derramara una gota del líquido, era tarea difícil. Una vez que caminaba cuidadosamente, lentamente, paso a paso, cayó y se quebró ambas piernas. Y allí yaciendo pensó en su vida anterior y, asombrado, lloró. Entonces Rabí Wolf lo tocó nuevamente en el hombro con el meñique y él se despertó y dijo: “¡Llévame a tu maestro!”

El Baal Shem recibió al hombre rico con una sonrisa. “¿Tú quieres saber a dónde ha ido a parar tu hospitalidad?” –preguntó-. “Pues se la ha tragado la tierra.”

El corazón del hombre despertó y se volvió hacia Dios, y el Baal Shem lo instruyó acerca de cómo elevar su alma.

La casa llena

Una vez el Baal Shem se detuvo en el umbral de una Casa de Oración y se negó a entrar. “No puedo entrar” –dijo-. “Está llena de enseñanzas y de preces desde el suelo hasta el techo y de pared a pared. ¿Cómo puede haber lugar para mí?” Y como viera que los que lo rodeaban lo miraban sin comprender, añadió: “Las palabras salidas de los labios de aquellos cuya enseñanza y oración no brota de un corazón inclinado hacia el cielo, no pueden elevarse sino que llenan la casa de pared a pared y desde el suelo hasta el techo.”

El jarro

Una vez dijo el Baal Shem a sus discípulos: “Así como la fuerza de la raíz está en la hoja, la fuerza del hombre está en cada uno de los utensilios que fabrica, y su carácter y su comportamiento se reflejan en lo que ha hecho.” En ese momento su mirada se posó sobre un hermoso cántaro de cerveza. Señalándolo continuó “¿Pueden ustedes ver en ese jarro que el hombre que lo ha hecho no tiene pies?”

Cuando el Baal Shem terminó de hablar sucedió que uno de sus discípulos tomó el jarro y lo puso sobre un banco. Y en cuanto lo colocó allí se deshizo en pedazos.

En el mundo de las transformaciones

En los días del Baal Shem vivía un hombre que mortificaba cruelmente su carne a fin de alcanzar la santidad.

El Baal Shem dijo una vez de él: “En el mundo de las transformaciones se reirían de él. Le concederían rangos cada vez más altos, pero sólo para burlarse. Si no me tuviera consigo para ayudarlo estaría perdido.”

Una pequeña mano

Rabí Najman de Bratzlav hizo llegar hasta nosotros estas palabras de su bisabuelo, el Baal Shem Tov:

“¡Ay! ¡El mundo está lleno de brillantes resplandores y de misterios y el hombre los aleja de sí con una pequeña mano!”

A través de Dniéster

Un tzadik contó:

Cuando el maestro era tan sólo un niño, el profeta Ajías, el Silonita, fue hacia él y le enseñó la sabiduría de los sagrados nombres. Y como él era todavía tan joven quiso descubrir lo que estaba en su mano realizar. Así, pues, un día en que la corriente del Dniéster era muy fuerte arrojó su cinto a las aguas, pronunció un nombre y atravesó el río sobre su cinturón. Durante todos sus días hizo penitencia para borrar esa falta de su alma y lo consiguió. Otra vez debió cruzar el Dniéster cuando la corriente era también muy fuerte, porque algunos enemigos de los judíos lo perseguían para matarlo. Entonces lanzó su cinturón a las aguas y cruzó sobre él sin pronunciar el santo nombre, con la sola ayuda de su gran fe en el Dios de Israel.

El carámbano

Un tzadik contó:

“Un día de invierno fui al baño con el maestro. Hacía tanto frío que del techo pendían carámbanos. Entramos y, no bien hizo la Unificación, el baño se entibió. El maestro permaneció en el agua muy largo tiempo hasta que la bujía empezó a gotear y a parpadear. ‘Rabí’ –dije-, ‘la bujía se está terminando.’

‘Tonto’ –me contestó-, ‘toma un carámbano del techo y enciéndelo. Aquel que le habló al aceite e hizo brotar la llama le hablará también al carámbano y arderá.’ Y el carámbano ardió con brillante luz durante un buen tiempo hasta que volví a casa. Y cuando llegué a mi hogar tenía un poco de agua en la palma de la mano.”

Las criaturas

Una vez el Baal Shem se vio obligado a iniciar el shabat en campo abierto. Un rebaño de ovejas pastaba cerca. Cuando él recitó el himno para saludar a la Novia Shabat, las ovejas se alzaron sobre sus patas traseras y permanecieron en esa posición, vueltas hacia el maestro, hasta que terminó sus plegarias. Porque mientras escuchaban las devociones del Baal Shem, cada criatura asumió la posición original que tenía cuando se hallaba frente al trono de Dios.

La visita

Los discípulos del Baal Shem podían saber siempre, con sólo mirar su rostro, si los Siete Pastores –o alguno de ellos- estaban con él. Un día, en

la comida de Luna Nueva, lo miraron y supieron que uno de ellos estaba presente. Más tarde le preguntaron cuál de los siete había sido. El dijo: “Cuando pronuncié la bendición del pan tuve en la mente el misterio de la comida y me sumí en él. Entonces Moisés, nuestro maestro –que con él sea la paz- vino y me dijo: ‘¡Salve, oh tú, que tienes en la mente el mismo misterio en que yo me sumí cuando esperaba la comida en la mesa de Jethro, mi suegro!’”

El debate

Se cuenta que:

Una vez que el Baal Shem Tov estaba sentado a la mesa rodeado de sus discípulos. Entre ellos se hallaba Rabí Najman de Harodenka, cuyo hijo se había casado con la nieta del Baal Shem y había engendrado al otro Najman, Rabí Najman de Bratzlav.

El Baal Shem dijo: “El tiempo ha llegado de revelarles el sentido profundo del baño de inmersión.” Se detuvo por un momento y luego, con vigorosas palabras, construyó las bases y la estructura de sus significados. Al terminar echó atrás la cabeza y su faz comenzó a brillar con ese resplandor que anunciaba a sus discípulos el ascenso de su alma a los mundos superiores. Estaba completamente inmóvil. Sus alumnos, con los corazones estremecidos, se pusieron de pie y lo miraron, porque ésta era una de las ocasiones en que podían ver a su maestro tal como era. Rabí Najman quiso levantarse como los demás pero no pudo hacerlo y lo dominó el sueño. Trató de evitarlo, pero le fue imposible.

En su sueño llegó a una ciudad en la que hombres de alta talla caminaban por las calles en dirección a un gran edificio. Llegó con ellos hasta la puerta, mas no pudo proseguir porque la multitud llenaba el recinto. Sin embargo, alcanzó a oír la voz de un maestro que llegaba desde adentro; no lo logró ver pero escuchó perfectamente sus palabras. Hablaba sobre el baño de inmersión y revelaba todo su secreto significado. Hacia el final de la alocución se hizo más y más claro que estaba presentando una enseñanza que difería de la tradicional doctrina de Arí, el santo “león” Rabí

Isaac Luria y, al terminar, así lo enunció abiertamente. Entonces la multitud se apartó y el mismo Arí apareció a la puerta. Al caminar hacia el púlpito casi rozó a Rabí Najman a su paso. El movimiento de la gente cerrándose tras él arrastró a Rabí Najman. Repentinamente se encontró parado frente al púlpito. Miró hacia arriba y vio el rostro de su maestro, cuya voz no había reconocido. Y ahora el debate tenía lugar ante él. El “león” y el Baal Shem Tov discutían citando diferentes pasajes del santo Libro del Esplendor y dando diferentes interpretaciones. Las contradicciones se abrían y se cerraban como brechas entre un pasaje y otro y finalmente ambas llamas flamearon en un solo fuego que se remontó hasta el corazón del cielo. Y no había perspectiva alguna desde la cual los ojos pudieran ver y hallar una solución. Entonces ambos resolvieron pedir al cielo que decidiera y juntos cumplieron el ritual que conduce a la elevación. Lo que sucedió después ocurrió más allá de los confines del tiempo, e instantáneamente Arí dijo: “La decisión ha sido tomada a favor de las palabras del Baal Shem Tov.” En esto Najman despertó. Ante sus ojos, el maestro enderezó la cabeza, que había tenido inclinada hacia atrás, y le dijo: “Fue a ti a quien elegí para que me acompañaras como testigo.”

A su imagen

Una vez el Baal Shem convocó a Samael, el señor de los demonios, para un asunto importante. El señor de los demonios bramó: “¿Cómo te atreves a llamarme! Hasta ahora esto sólo sucedió tres veces: en la hora del Árbol del Conocimiento, en la hora del becerro de oro y en la hora de la destrucción de Jerusalén.”

El Baal Shem pidió entonces a sus discípulos que se descubrieran y sobre cada frente Samael vio el signo de la imagen según la cual Dios creó al hombre. Hizo entonces lo que se le pedía y, antes de partir, dijo: “Hijos de Dios vivo, permitidme permanecer aquí un poco más y contemplar vuestras frentes.”

El baño milagroso

Se cuenta que:

Una vez que el Baal Shem pidió a Rabí Zvi, el Escriba, que copiara los versículos para las filacterias, le dio instrucciones sobre la especial actitud del alma que es conveniente para realizar esta acción. Luego le dijo: “Ahora te mostraré las filacterias del Señor del mundo.” Y lo condujo a un bosque solitario. Pero otro de sus discípulos, Rabí Wolf Kitzes, que había descubierto hacia dónde se dirigían, se ocultó en ese mismo bosque. Oyó exclamar al Baal Shem: ¡El baño de Israel es el Señor! Y al instante divisó un baño allí donde nada había antes. En ese momento el Baal Shem dijo a Rabí Zvi: “Aquí se oculta un hombre”. Y en seguida descubrieron a Rabí Wolf y el maestro le ordenó que se fuera. Nadie supo jamás lo que sucedió después en el bosque.

El efecto de la multitud mezclada

El Baal Shem dijo:

El Erev Rav, la multitud mezclada, impidió a Moisés acceder al rango de ángel.

La tentación

Se cuenta que: Sabatái Zeví, el “falso Mesías”, muerto hacía mucho tiempo, llegó ante el Baal Shem y le rogó que lo redimiera. Pues bien, es sabido que el trabajo de la redención se logra entrelazando la sustancia de la vida con la sustancia de la vida, uniendo mente con mente y alma con alma. De esa manera, pues, el Baal Shem comenzó a acercarse al otro, pero lenta y cautelosamente, porque temía que intentara hacerle daño. Una vez que el Baal Shem estaba dormido Sabatái Zevi se le apareció y quiso tentarlo a que se convirtiera en lo que él había sido. Entonces el Baal Shem gritó con tal energía que se fuera que Sabatái cayó hasta lo más profundo del infierno.

Cuando el Baal Shem hablaba de Sabatái siempre decía: “Una chispa santa ardía en él, pero Satanás lo apresó en la trampa del orgullo.”

Un alto en el camino

1

Se cuenta que: En compañía de su hija Odel y de Rabí Zví, el Escriba, el Baal Shem partió hacia Tierra Santa para preparar la hora de la liberación. Pero los cielos dispusieron que hiciera un alto en el camino. Cuando el barco se dirigía desde Estambul ala Tierra de Israel, se detuvo en una isla desconocida. Desembarcaron y, cuando trataban de regresar al navío, se perdieron y cayeron en manos de ladrones. Rabí Zví dijo al Baal Shem: “¿Por qué callas?” Haz lo que haces usualmente y entonces seremos libres.”

Pero el Baal Shem respondió: “¡Ya nada sé! Todo conocimiento me ha sido arrebatado. Ahora eres tú quien debe recordar lo que de mí has aprendido y devolverme la memoria.”

Rabí Zví dijo: “¡Tampoco yo sé más nada! Lo único que aún puedo recordar es el alfabeto.”

¿Por qué tardas?” – gritó el Baal Shem-. “¡Recítamelo!” Entonces el Escriba dijo el alfabeto con el mismo fervor que siempre ponía en sus plegarias. Repicó una campana y un viejo capitán apareció con su tropa de soldados y los liberó sin pronunciar palabra. Los llevó a bordo de su barco y los condujo a Estambul sin que ni él ni su gente despegaran los labios. Cuando llegaron a tierra –era el séptimo día de Pascua- el barco y su tripulación se desvanecieron. Entonces el Baal Shem supo que había sido Elías el que los había salvado, pero supo también que no debía proseguir su viaje, de modo que emprendió el regreso a su hogar.

2

Pero también se cuenta que:

Durante la fiesta de Pascua, cuando el Baal Shem y sus compañeros subieron a bordo de una nave en Estambul, los cielos le hicieron saber que debía bajar a tierra y emprender el regreso a su hogar. Pero su alma rehusó obedecer y el barco zarpó con él. Entonces todos los rangos espirituales que había alcanzado le fueron arrebatados, y también sus enseñanzas y sus preces. Y cuando el Baal Shem miraba un libro ya no le era posible comprender los signos. Pero se dijo: “¿Qué importa?” Entrare en Tierra Santa como un hombre tosco e ignorante.” Pero se levantó una tempestad y una inmensa ola barrió el navío y arrojó al más a Odel, la hija del Baal Shem. En ese momento apareció Satanás y le dijo al Baal Shem lo que le dijo. Pero él gritó: “Oye, oh Israel!” Volvió la espalda a Satanás y dijo: “¡Señor del mundo, regresaré a mi casa!” E inmediatamente su maestro, el profeta Ajías, el Silonita, llegó por los aires, arrebató a Odel de las aguas, y los condujo a todos a Estambul a través de las nubes.

Suena el gran cuerno

Un tzadik contó que:

La santa comunidad tenía una pequeña casa fuera del pueblo y allí se reunían, después de cada sermón del Baal Shem Tov, para discutir las palabras que había dicho. Yo sabía dónde quedaba la casa pero no me atrevía a ir, ya fuera junto con ellos o después de ellos, porque era muy joven en aquel tiempo.

Un año en que me encontraba en la casa del Baal Shem Tov, el primer día de Año Nuevo, después de la bendición que sigue a la comida, el Baal Shem predicó sobre las palabras de la oración: “Suena el gran cuerno para nuestra liberación”. Apenas hubo terminado el sermón entró en su cámara y cerró la puerta. Los discípulos se marcharon a la casa de las afueras. Yo quedé atrás, solo. Entonces se me ocurrió que el Mesías habría de llegar en ese mismo día. Y a cada momento me sentía más y más seguro de que avanzaba por el camino, que pronto entraría en la ciudad y no habría nadie allí para recibirlo. Y lo que yo imaginaba me parecía tan

irresistiblemente verdadero que no pude hacer nada más que echar a correr hacia los discípulos para contarles todo. Corrí a través de la ciudad y la gente quería detenerme para saber lo que pasaba. Pero seguí corriendo hasta llegar a la casa donde ellos se encontraban. Allí los vi a todos sentados alrededor de la mesa y nadie pronunciaba una palabra y se advertía que ninguno tenía fuerzas bastantes para pronunciar una palabra. Más tarde me entere de que —en sus pensamientos- cada uno de ellos vio llegar al Mesías en esa misma hora. Y yo no supe qué hacer excepto sentarme con ellos. Así permanecimos rodeando la gran mesa hasta que las estrellas de la segunda noche aparecieron en el cielo. Sólo entonces el pensamiento cesó en todos nosotros y volvimos a la ciudad.

La tercera caída

Se cuenta que:

Cuando el número de renegados que seguían a Jacob Frank, el falso Mesías, se hizo más y más grande, los cielos revelaron al Baal Shem Tov que esa fuerza espuria era mayor que su santo poder y que, para superarla, debía llamar a alguien en su ayuda y que ese alguien habría de ser Rabí Moshe Pastuch, es decir Rabí Moshé, el Pastor. Sin perder un momento el Baal Shem salió para la ciudad hacia la que había sido dirigido. Cuando preguntó por Rabí Moshé Pastuch se aclaró que quien llevaba ese nombre era un pastor que cuidaba su rebaño en las colinas, fuera de la aldea. Allí lo encontró el maestro. Las ovejas estaban desparramadas en las cuevas y el pastor, a quien el Baal Shem se había aproximado sin ser observado, estaba parado junto a un barranco y se decía a sí mismo: “Amado Señor, ¿cómo puedo servirte? Si tienes rebaños puedo pastorearlos para ti sin que me pagues. Pero, tal como son las cosas, ¿qué puedo hacer? Repentinamente comenzó a saltar para adelante y para atrás, dando tumbos y volteretas y gritando: “¡Estoy saltando por el amor de Dios! ¡Salto por el amor de Dios!” Entonces el Baal Shem comprendió que el servicio de ese pastor era mayor que el suyo propio.

Cuando el pastor interrumpió sus saltos, el Baal Shem fue hacia él y dijo: “Debo hablar contigo.”

“Yo trabajo a jornal” –dijo el otro- “y no puedo perder mi tiempo.”

“Pero tú estabas saltando para atrás y para adelante junto al barranco”, le recordó el Baal Shem.

“Es verdad” –dijo el hombre-. “Me permito hacerlo porque es por amor de Dios.”

“Lo que tengo en la mente es también por el amor de Dios”, dijo el tzadik. Entonces el otro lo dejó hablar y su alma se inflamó tanto como cuando brincaba en el barranco. Hizo que el Baal Shem le contara todo, desde la destrucción del Templo; cómo por dos veces en horas de desgracia, mientras millares santificaban el Gran Nombre con su muerte, la magna tarea había sido acometida, pero Satanás se había interpuesto y la había desbaratado y éste era el momento en que la tercera hora era llegada.

“¡Sí!” –gritó el pastor-. “¡Libremos a la Divina Presencia del exilio!”

“¿Hay algún lugar aquí donde podamos bañarnos?”, preguntó el Baal Shem.

“Hay un manantial al pie de la montaña”, dijo el pastor, y comenzó a descender por la ladera. El tzadik lo siguió como pudo. Al llegar, ambos se sumergieron en la fuente y el Baal Shem se preparó para confiarle el secreto de la tarea que debían cumplir.

Mientras tanto en el cielo se había extendido el rumor de que los hombres en la tierra estaban a punto de acelerar la hora de la salvación. Los poderes celestiales se levantaron contra el plan. Satanás se hizo fuerte y comenzó su obra. El fuego estalló en la ciudad y pronto la alarma cundió en las colinas. El pastor corrió hacia sus ovejas. “¿Hacia dónde corres y por qué?”, le pregunto el Baal Shem.

El otro replicó: “los dueños de los rebaños habrán oído seguramente que las ovejas se han extraviado y ahora vendrán y preguntarán qué ha sido de ellas.”

El Baal Shem fue impotente para retenerlo y comprendió quién era el que había metido la cuchara.

Antes de la llegada del Mesías

El Baal Shem dijo:

Antes de la llegada del Mesías habrá gran abundancia en el mundo. Los judíos se harán ricos. Acostumbrados a mantener su casa en gran estilo, arrojarán la moderación por la ventana. Entonces vendrán los años de indigencia, de hambre y de magra subsistencia, y el mundo estará lleno de pobreza. Y los judíos no podrán satisfacer sus necesidades, aumentadas sin ton ni son. Y entonces el parto que alumbrará al Mesías habrá de comenzar.

Después de la muerte de su esposa

Un tzadik cuenta:

El Baal Shem creía que, igual que Elías, él subiría al cielo en medio de una tormenta. Cuando su mujer murió, él dijo: “Yo pensé que, igual que a Elías, una tormenta me arrebataría hacia los cielos. Pero ahora que soy sólo medio cuerpo esto no será ya posible.”

Omisión

Se cuenta que: Rabí Pinjas de Koretz visitó al Baal Shem para Pascua y observó que estaba muy fatigado.

En la víspera del último día de la festividad, Rabí Pinjas deliberó con su alma acerca de si debía ir o no al baño de inmersión. Y no fue.

El último día de Pascua sintió, en medio de la plegaria, que el Baal Shem moriría pronto porque se había extenuado hasta el máximo en contra de la multitud de renegados. Entonces concentró todo su poder en la

oración y se entregó por completo, pero advirtió que no lograba nada en absoluto. Y su alma se llenó del pesar más profundo por no haber ido al baño.

Después de rezar el Baal Shem le preguntó: “¿Has ido ayer al baño?” El repuso: “No.” Entonces el Baal Shem dijo: “Eso ya pertenece al pasado y después de ellos no hay nada más”

La muerte del Baal Shem

Después de la Pascua el Baal Shem cayó enfermo. Pero siguió rezando ante el púlpito, en la Casa de Oración mientras sus fuerzas se lo permitieron.

No envió recado alguno a sus discípulos en otras ciudades, a pesar de que eran conocidos por su fervor, el cual hacía que sus preces fueran efectivas, y a los alumnos que estaban en Mezbizh los mandó a diversos lugares. Rabí Pinjas de Koretz fue el único que se negó a alejarse.

En la víspera de Shavuot la congregación se reunió, como cada año en esa época, a fin de pasar la noche estudiando la ley. El Baal Shem les habló sobre la revelación del Monte Sináí.

Cuando llegó la mañana mandó llamar a sus amigos más cercanos. Primero pidió a dos de ellos que se hicieran cargo de su cadáver y de su entierro. Les señaló en su cuerpo, miembro por miembro, cómo el alma deseaba abandonarlo, y los instruyó a fin de que aplicaran lo que habían aprendido a otros enfermos, porque ambos pertenecían a la Santa Hermandad que cuida de los muertos y de su entierro.

Después rogó al quórum de diez hombres devotos que lo acompañaran a rezar. Pidió el libro de oraciones y dijo: “Quiero ocuparme de Dios un poco más.”

Terminada la plegaria Rabí Najman de Horodenka fue a la Casa de Estudio para rogar por él. El Baal Shem dijo: “Rabí Najman está golpeando en vano a las puertas del cielo. No puede penetrar por la puerta por la que acostumbra a entrar.”

Más tarde el sirviente al entrar en su cámara, oyó decir al Baal Shem: “Te doy estas dos horas”, y pensó que hablaba con el ángel de la muerte y le explicaba que no era necesario atormentarlo durante otras dos horas. Pero Rabí Pinjas comprendió mejor lo que el maestro quería significar. “Tiene dos horas más de vida” –dijo-, “y le hace a Dios el regalo de esas dos horas. Es éste un verdadero sacrificio del alma.”

Entonces, como siempre cada año en ese día, el pueblo de la ciudad vino a él y él les dijo palabras de enseñanza.

Un poco más tarde dijo a los discípulos que lo rodeaban: “No tengo preocupaciones con respecto a mí mismo porque lo sé muy claramente: Voy a salir por una puerta y a entrar por la otra.” Y de nuevo habló y dijo: “Ahora sé para que fui creado.”

Se sentó en la cama y habló breves palabras de enseñanza acerca de la “columna” por medio de la cual las almas, después de la muerte, se elevan desde el paraíso inferior al superior, asta el “Árbol de la Vida”, y explicó el versículo del libro de Esther: “Y con esto la virgen vino hacia el rey.” Dijo también: “Seguramente volveré, pero no como soy ahora.”

Y después les hizo decir la plegaria: “Y me permite que la gracia del Señor nuestro Dios sea sobre nosotros”, y se tendió en su lecho. Pero se sentó de nuevo varias veces y murmuró como ellos lo habían visto hacer cuando plasmaba y dirigía su alma hacia el fervor. No oyeron nada más por un tiempo. Y él yacía quietamente. Entonces les pidió que lo cubrieran con una sábana. Y todavía lo oyeron murmurar: “¡Dios mío, Señor de todos los mundos!” Y luego el versículo del salmo: “No dejes que la planta del orgullo se pose sobre mí.” Luego, aquellos a quienes había pedido que se hicieran cargo de su cuerpo y de su entierro, dijeron que habían visto el alma del Baal Shem ascender como una llama azul.

El río y la luz

Una mujer que vivía en una aldea no lejos de Mezbizh venía con frecuencia trayendo de regalo aves y pescados, manteca y harina para la

casa del Baal Shem. Su camino pasaba por un pequeño río. Una vez éste creció e inundó ambas orillas, y cuando, a pesar de ello, trató de atravesarlo, se ahogó. El Baal Shem se dolió por la buena mujer. En su pena maldijo al río, que se secó. Pero el príncipe del río quejóse a los cielos y allí se decidió que, en algún momento y por muy pocas horas, el lecho se colmaría de agua nuevamente e inundaría las riberas, y que uno de los descendientes del Baal Shem intentaría cruzarlo. Y nadie podría venir en su ayuda, salvo el propio Baal Shem.

Algunos años después de su muerte, su hijo se extravió en la noche. Repentinamente se halló cerca del río, al que no reconoció a causa del bullir de sus aguas. Trató de atravesarlo, pero pronto fue arrastrado por la corriente. Entonces vio brillar en la orilla una luz que iluminaba las márgenes del río. Apeló a todas sus fuerzas, luchó contra el torrente y llegó a la orilla. La luz encendida era el Baal Shem.

La montaña encendida

Rabí Zvi, el hijo de Baal Shem, contó que:

“Algún tiempo después de la muerte de mi padre lo vi bajo la forma de una montaña encendida que estallaba en incontables chispas. Le pregunté ‘¿Por qué apareces bajo este aspecto?’ El me respondió: ‘En esta forma serví a Dios’”

En los muros

Un tzadik contó que:

“Durante un sueño tuve la experiencia de ser conducido al paraíso más alto. Desde allí me mostraron la muralla de la Jerusalén celestial y estaba en ruinas. Sobre las ruinas amontonadas desde un muro hasta el otro un hombre caminaba incesantemente, sin detenerse. Pregunté: ‘¿Quién es él?’ Y me contestaron: ‘Ese es Rabí Israel Baal Shem Tov, que juró no apartarse de allí hasta que el Templo sea reconstruido.’”

“El será”

Rabí Najum de Tchernobil, quien en su juventud tuvo el privilegio de ver al Baal Shem, dijo: “Esta escrito: ‘También el sol se levantará y el sol se pondrá’ y ‘Una generación pasará y otra generación ha de venir.’ Y en cuanto al Baal Shem Tov, cuyo mérito es nuestra protección, nadie fue antes que él y nadie será después de él hasta la llegada del Mesías. Y cuando llegue el Mesías, El será”. Y por tres veces repitió: “El será”.

Si

Rabí Leib, hijo de Sara, el tzadik oculto, dijo una vez a unas gentes que le hablaban del Baal Shem: “Vosotros preguntáis sobre el santo Baal Shem Tov? Pues os diré: Si él hubiera vivido en la edad de los profetas hubiera sido un profeta, y si hubiera vivido en la edad de los patriarcas hubiera sido un hombre ilustre. Entonces, exactamente como decimos ‘Dios de Abraham, Isaac y Jacob’, se diría, ‘Dios de Israel’”.